

Capítulo 1

AÑO 844 d .c.

MES DE FEBRERO

FARO DE BRIGANTIUM (HISPANIA)

El mar golpeaba incesantemente la costa de Gallaecia castigando con dureza el cerro donde se elevaba el faro de Brigantium. Las olas alcanzaban las piedras más allá de los tres metros de altura y esparcían el agua salobre convirtiéndola en una nube que ascendía y azotaba al faro sin clemencia.

A pesar de que el fuerte viento todavía no se decidía a dar paso a la lluvia que se escondía entre los negros nubarrones extendidos por toda la franja de tierra lamida por el Atlántico, era cuestión de tiempo que se desatara una tempestad de grandes dimensiones.

Empujado por el viento, Roi se apresuró en alcanzar la entrada del faro, el oleaje que sacudía por los cuatro costados a la construcción romana empapaba con rapidez sus ropajes y le revolvió el pelo mojado sobre los ojos.

Meneó la cabeza y el cuerpo para sacarse de encima el agua del mar y tomó aire con resignación observando la rampa interior. Era la hora de sustituir a Xián en la ardua tarea de mantener encendido el quemador del faro. Lo aguardaba toda una larga noche para soñar despierto con el cuerpo de su hermosa Sainza.

Caminó sin prisas entre los muros de piedra y las ventanas en forma de arco y para cuando llegó a su objetivo en lo alto de los cuarenta metros de la torre de luz, su respiración apenas era agitada.

El mantenimiento de aquella lámpara inmensa suponía un coste considerable de esfuerzo humano y material que el come de Friol y el propio Ramiro I estaban dispuestos a asumir. Roi en cambio, a pesar de que le pagaban con buenas monedas de plata la labor, juzgaba que el servicio de baliza marítima que asumía el faro para la navegación de cabotaje de los pequeños barcos de la ría de Brigantium, o la más hipotética, de atalaya para dar aviso de una imaginaria invasión enemiga, no compensaban la cantidad de madera, carbón y personal que necesitaba aquella construcción.

Mucho menos con un tiempo tan endemoniado como el de aquella noche, a qué demonio de pescador se le iba a ocurrir meterse a la mar con aquel oleaje, y a qué demonio de enemigo se le ocurriría comenzar una incursión en pleno apogeo de una tormenta. A los moros desde luego no y que Roi supiera ninguna fuerza enemiga vendría del norte.

Salvo las embarcaciones de los pescadores, que él recordase, ningún barco surcaba aquellos mares desde hacía tiempo. Desde el tiempo de los romanos cuando el comercio de estaño con Britania había hecho del ártabro un gran puerto con una de las pocas aduanas imperiales de los invasores romanos.

Pero aquellos habían sido otros tiempos, contados por los viejos del castro de generación en generación. La madre de Roi había sido uno de ellos, a él le encandilaba su voz, sus historias y sobre todo su sonrisa.

Xián levantó la vista y se enderezó con pereza en la banqueta donde se encontraba sentado cuando Roi entró en la cámara de la luminaria del faro.

—Deberías ser más cuidadoso, cualquier día se te apaga mientras duermes.

—No estaba durmiendo, estaba pensando.—Le replicó el joven de pelo castaño embutido en unas pieles de cabra.

—Ya. ¿Todo bien?—Xián observó la pira que ardía en el quemador y levantó las manos como quién dice “tú mismo”.

Roi se rió, ese muchacho tenía mucho que aprender, sobre todo si el come se enteraba de sus maneras displicentes.

El viento aulló esperpénticamente y ambos sonrieron.

—Todo tuyo.—Xián tomó la bota con hidromiel y se la echó al hombro.—Veremos si Altea me abre la puerta hoy.

—Yo que tú no me haría muchas ilusiones.—El otro no respondió se marchó silbando una canción por encima del ruido espantoso que hacía el viento al colarse por los huecos de la construcción.

Roi echó un vistazo al mar embravecido a través del ventanuco cubierto con pieles y pensó en Sainza. Los hermosos ojos verdes se le clavaron en la sangre y se la hicieron hervir. Esa mujer siempre le hacía hervir la sangre. Desde niño.

La oscuridad se iba enseñoreando del horizonte por el este, al oeste todavía se distinguía una franja de claridad entre las nubes ennegrecidas, pero eso era todo.

Una larga noche.

Se dio la vuelta y buscó acomodo en la banqueta que su compañero de fatigas acababa de abandonar. Se respaldó contra uno de los muros sosteniendo la mirada sobre el trozo de tela que se balanceaba en el ventanuco.

Sintiendo la humedad de sus ropajes comenzó a quitárselos hasta quedar sólo con la camisa larga y las calzas, allí todo se secaba rápido. Pronto tendría que cargar con más carbón y más pronto tendría que bajar al siguiente cuarto, porque la luz y el calor acabarían echándolo.

Su vista se perdió en el brasero que ocupaba el centro de la bóveda y estaba oculto en parte, desde ese ángulo, por el espejo de metal pulido que reflejaba la luz y la expelía por los tres ventanales de yeso cristalizado apesado por un enrejado de hierro. En otros tiempos un ingenioso mecanismo de poleas que colgaban hasta el tercer piso del faro y salían de unos agujeros ahora cubiertos de la planta de la bóveda, unidos a la fuerza hidráulica de vasos comunicantes, hacían girar el espejo pulido para que la luz se moviera por entre los tres ventanales y de ese modo los barcos no confundieran el faro con estrellas u otros fenómenos en medio del mar.

Sin embargo Roi no veía nada en realidad, ni el resplandor infame, ni el calor, ni tampoco las espirales de humo que ascendían hacia la chimenea situada encima del brasero a casi cinco metros de

altura. Su mente se encontraba ocupada en otros menesteres más satisfactorios, planeando su futuro próximo.

En cuanto el come les diera su permiso, Sainza sería su mujer. No es que no lo fuera ya en todos los sentidos porque hacía más de seis meses que eran pareja carnal, sin embargo él la quería como esposa y el come lo sabía, como sabía que se lo otorgaría, Roi era uno de sus mejores vasallos, ducho en el arte de la guerra y en todo lo que se proponía.

Podía haber tenido a cualquier mujer que hubiese deseado, muchas se le habían ofrecido, aún sin la promesa de una unión duradera. Pero desde muy temprana edad había caído bajo el embrujo de una jovencita de largos cabellos como la miel y una boca carnosa que le rompía el corazón un día sí y otro también.

Sainza era temperamental, más que una tormenta huracanada y eso lo derrumbaba de placer en incontables ocasiones. Desde que ella aceptó ser su mujer en el sentido bíblico de la palabra.

Todavía no comprendía qué le había hecho cambiar de opinión con respecto a él, qué había hecho derribar sus muros tan bien protegidos hasta el momento.

Sainza era huérfana, la enfermedad se había llevado a su madre, y la guerra a su padre hacía muchos años. Dosinda se había hecho cargo de la pequeña a la tierna edad de tres años y desde entonces la vieja curandera medio druida se había tomado la tarea como un guerrero hubiese aceptado una misión militar.

Incluso el desgraciado de Dinis, hijo de un caudillo de las tierras del ártabro, había sido despedido sin contemplaciones de los alrededores de la cabaña de Dosinda en el castro de Elviña.

El respeto que se le tenía a la curandera impedía que el arrogante noble pudiera acometer cualquier tropelía contra la joven o la anciana. Eso y él. Dinis le temía igual que muchos otros caballeros porque era un guerrero de orígenes suevos de constitución fuerte y sin un ápice de miedo a nada.

El calor terminó por echarlo definitivamente de la cúpula del faro.

COSTA DEL GOLFO ÁRTABRO

Sigurd contempló a su hermano y suspiró. La juventud no se distinguía precisamente por su prudencia, en ocasiones incluso era suicida. Y también el motivo por el que se encontraban esa noche desapacible en aquellas costas alejadas de sus tierras.

Él no necesitaba de los botines para vivir, era el jarl de Kinsarvik y solo la construcción de drakkars que se hacía en la bahía del río Kinso y las reparaciones de las embarcaciones, ya lo enriquecían suficientemente como para tener que verse obligado a salir de incursiones.

De hecho, eso y el comercio que mantenía con Kiev eran una fuente de riqueza que podría tentar a más de uno a quedarse frente al fuego del hogar a disfrutar de sus comodidades.

Su hermano sonreía al viento que le lanzaba agua a la cara. Se encontraba en la quilla del drakkar y contemplaba complacido la costa. Pronto volvería a desembarcar y a saquear. Llevaba en la sangre la droga de la aventura y hasta que no la saciara por completo no encontraría la paz en su tierra.

Era su hermano menor, de cuatro, Ari se había quedado al cargo de su pueblo mientras él complacía a su hermano Ivar en aquella expedición.

Su madre estaba devastada, ya había perdido a su otro hermano, Jon, y aunque la tradición y las ansias guerreras de los normandos eran bien conocidas por todos, ella se negaba a aceptarlo.

Había sido una esclava de su padre, Alf, hasta que éste no pudo con la pasión que le deparaba y la convirtió en una mujer libre y en su esposa. Una esposa franca, de delicados huesos y constitución menuda, que nunca parió a una hija que pudiera mimar y complacer con todos los tesoros de su marido.

Y no es que no los quisiera a ellos, solo sentía ese vacío, esa sensación de profunda soledad en la comprensión de su cristiandad frente al paganismo que la rodeaba y que había aceptado junto con su marido.

Sigurd volvió a suspirar, él ya había dejado atrás su época de sangrientas incursiones, hacía cuatro años que no salía al mar, los mismos que llevaba ejerciendo de jarl.

Y si no fuera por su hermano, suponía que en aquellos instantes se estaría preparando para desposarse con Bera. Pero la sangre era la sangre e Ivar se merecía su baño de iniciación y marcar su posición como hombre en su comunidad.

Por el momento las tierras saqueadas de Britania y Aquitania no habían supuesto un gran reto, quizá aquellas costas de Hispania que ahora se iban perdiendo en la oscuridad de la noche, podrían ser mejores. Había escuchado hablar de los pueblos de Gallaecia, de su alma indómita y de la defensa acérrima de sus tierras contra los sarracenos.

Sí, tal vez allí las ansias de su hermano desaparecieran y decidiera regresar a su país y comenzar su vida como hersir de él.

—¡Faro a la vista!.—La voz de Ivar lo sacó de sus pensamientos. Un faro era la promesa de una villa enriquecida.

La adrenalina se instauró como reina en los diez drakkars que volaban sobre el mar embravecido. Muy pronto comprobarían de qué material estaban hechos los hispanos.

††

Sainza se arrebujo contra el muro de piedra, no debería haber ido allí aquel día. Dosinda no se encontraba muy bien, tenía un fuerte catarro que no conseguía arrancar de su cuerpo por más hierbas y mejunjes que tomara. Pero había sido la misma Dosinda la que la instó a partir hacia las montañas a aquella cabaña de pastores para meditar, según le había dicho, sobre su futuro.

Si no fuese porque lo creería imposible hubiera pensado que la anciana quería deshacerse de ella esa noche. La vio echar una y otra vez las runas y mirar con melancolía a un punto incierto de la cabaña durante todo el día anterior.

El futuro. Qué se suponía que tenía que pensar. Ella no era nadie de categoría, sabía algo de hierbas y poco de runas. Aquello no era para ella. Su manera de ser era demasiado práctica e incluso masculina. No se molestaba en acicalarse como otras mujeres, no se ponía joyas, no se cepillaba el pelo durante horas. Simplemente se lo recogía en unas trenzas que le colgaban por debajo del paño y sus ropas eran marrones, anchas y nada atractivas.

Para qué quería verse atractiva. Ella no tenía dote, no tenía parientes, salvo Dosinda, no tenía nada que ofrecer a un hombre. Por eso había decidido desistir y aceptar a Roi. Aunque jamás llegara a comprender porque uno de los hombres más apuestos de Brigantium la cortejaba.

Desde hacía unos meses atrás había consentido en mantener relaciones sexuales con él y no se podía quejar, le gustaba cómo la tocaba, su sabor, su olor. Aunque no dejara de ser un hombre, con la brusquedad que los definía.

El viento huracanado resopló y se coló por todas las grietas de la infame construcción haciendo que Sainza se preguntara una vez más qué había visto Dosinda en las runas.

Un relámpago cruzó el aire y retembló en la pared en que se apoyaba. El escalofrío que la recorrió la puso en pie con la respiración agitada.

Había sentido algo impreciso que la llenó de aprensión y miedo junto con el convencimiento de que debía regresar de inmediato al castro Elviña.

Apenas se dio tiempo para pensar, ella era más bien de actuar. Y a pesar de que solía hacerle caso a Dosinda cuando de runas se trataba, no estaba dispuesta a continuar allí ni un minuto más con la inquietud que se clavaba en su alma.

Abrió la puerta de madera y casi se vio lanzada hacia atrás por la ráfaga de viento que la azotó. Se aferró al marco para estabilizarse y miró al exterior. Los relámpagos cruzaban el cielo en dirección al mar, y la luna, aunque llena, apenas se dejaba ver entre las nubes cargadas de agua.

Se abalanzó sobre el sendero rezando para que no le ocurriese nada a su madre de corazón.

††

Roi salió de su ensimismamiento de repente. Escuchó con claridad los alaridos que el temporal dejó arrastrar por toda la torre antes de que un fuerte relámpago iluminara las ventanas de la bóveda.

Había hecho guardia en numerosas ocasiones, con varias tormentas impresionantes, sin embargo algo en aquellos sonidos espantosos le produjo escalofríos. Sonaban igual que los aullidos de seres humanos sufriendo alguna muerte horrenda.

Extrañado decidió inspeccionar el exterior y salió a la terraza. El viento huracanado lo lanzó hacia atrás, pero perseveró hasta alcanzar el borde y mirar hacia abajo apoyado en la baranda de piedra que rodeaba la terraza.

El espectáculo que se ofreció ante sus ojos lo hizo temblar de rabia. El pequeño pueblo de Crunnia estaba incendiado por los cuatro costados, podía distinguir con claridad demoníaca a la pobre gente intentando huir de los bastardos energúmenos que se lanzaban contra ellos con hachas y les arrancaban de cuajo la cabeza, los brazos o lo que encontraran a mano.

Enloquecido por la impotencia trastabilló hasta alcanzar la puerta y entró de espaldas a la bóveda donde la llama continuaba resplandeciendo en la oscuridad de la noche. Tenía que avisar a Brigantium de inmediato. Tomó la cuerda que sujetaba el espejo y tiró de ella, girándolo de modo que cubrió el haz de luz que salía despedido hacia la noche y la sujetó en un poste clavado en el suelo para tal contingencia. Cuando los de Brigantium que vigilaban las señales vieran desaparecer la luz del Faro, pondrían en alerta a todo el condado con señales luminosas y se presentarían lo más pronto posible en la Crunnia.

Satisfecho con el resultado apenas se detuvo unos instantes para mirar alrededor y topar con su espada apoyada en la pared. Tomó aire sabiendo que en el momento en que su mano agarrara el mango del arma su destino estaría sellado. Por otro lado no tenía más opción que combatir, él era un guerrero y los guerreros morían con la espada en la mano.

Sujetó el arma y la apretó con decisión, aquella noche sería su noche y Sainza podría estar orgullosa de él, la defendería de aquellos invasores con su propia vida.

Con la espada en alto lanzó un grito de guerra y se precipitó por la rampa interior.

En su apresurada marcha dejó atrás el sentido común y cualquier consideración que le hiciera optar por la huida. Ante todo era un guerrero, tal vez el único que hubiera allí en aquel momento. Y era uno solo frente a una marea de monstruos salidos del mar, no obstante su sangre nueva reclamaba justicia para los suyos, la mucha o poca que él pudiera deparar mientras se tuviera en pie.

Cuando salió del faro el viento frío tensó su cuerpo y lo preparó para el combate.

Los pescadores de Crunnia no disponían de defensa frente a aquellos bárbaros, eran personas sencillas y expuestas al salvajismo que exhibían con saña los invasores. Él no sería de mucha ayuda, sin embargo lanzó un grito de guerra y corrió hasta alcanzar a un hombre que cogía de los pelos a una vieja para rebanarle el cuello con un cuchillo. Roi giró sobre sí y hundió la espada en el vientre del atacante que cayó sobre la mujer con un estertor de agonía en sus labios.

Se agachó para detener el hachazo de otro invasor al tiempo que le clavaba su cuchillo en las costillas.

Los gritos de pánico se unieron a los truenos y a los alaridos que proferían los bárbaros. Ivar se estremeció de placer cuando asestó un tajazo con su espada al cuerpo blando de un hombre que intentaba blandir un palo contra él. Se sentía como un dios cuando luchaba, allí se sentía alguien importante.

Las pocas mujeres que había en aquel asentamiento eran viejas, y sus compañeros se limitaron a pasarlas por cuchillo, no había niños, y era extraño que sólo hubiera algunos hombres, a pesar de que el poblado era muy pequeño. No comprendía porque tenían aquel faro. Quizá en el interior se encontrarán los tesoros de aquel lugar.

Su hermano Sigurd había tomado la senda de la desembocadura del río anterior con sus otros cinco drakkars. A aquellas alturas ya estarían regresando al mar con su botín.

Allí no había nada.

Dio un grito y ordenó a sus huestes que avanzaran hacia el interior de la tierra. Tenía que haber una villa o algo más grande que aquel pueblucho de pescadores.

Mandó a unos cuantos a saquear el Faro y el resto lo siguió por un camino ancho que parecía llevar a un poblado, tal vez a uno mayor al que habían destruido.

El bárbaro norman era enorme, cayó sobre Roi como una montaña y lo aplastó contra el suelo. La cabeza de Roi dio contra la esquina de una cabaña y se desplomó al instante sin darse ni cuenta de lo que le sucedía.

El norman levantó su hacha para destrozarse su cara cuando escuchó la orden del pequeño Ivar. Con una sonrisa en los labios se levantó de encima de Roi y cruzó el poblado en llamas de Crunnia.

††

Sainza escuchó los gritos mucho antes de alcanzar a ver el resplandor de las llamas de castro Elviña. Corrió sin comprender cómo se había podido incendiar su pueblo y sin dejar de angustiarse por la suerte de su anciana madre.

Su corazón palpitaba fuertemente cuando se detuvo de cuajo y por fin la realidad de lo que ocurría le arrebató el aire de los pulmones durante unos angustiosos segundos.

Había intrusos atacando su pueblo, intrusos que iban de choza en choza sacando a sus vecinos por los pelos y cortándoles la cabeza y las extremidades mientras se reían y aullaban de placer ante el terror que iban cosechando a su alrededor.

Sobrecogida dio un paso hacia adelante, luego otro y sin saber lo que estaba haciendo corrió hacia el castro. De pronto se detuvo. Más hombres llegaban por el camino de Crunnia, más intrusos.

Solo un milagro los podía salvar de la sed de sangre de esos bárbaros de cabellos rubios resplandecientes a la luz del fuego que ellos mismos avivaban quemando todo a su paso.

Escondida tras un árbol, cubrió los oídos con las manos y comenzó a gemir un ruego ininteligible. No podía hacer nada por ayudarlos. Nada.

La impotencia que sentía le hizo flaquear las piernas y sujetar el tronco clavando sus uñas en él mientras su frente cayó desolada en la corteza rugosa.

De repente aquella debilidad le dio rabia, la imposibilidad de ayudar a su gente atenazó su garganta y se tragó una maldición. No podía abandonarlos a su suerte. Simplemente no podía.

Alzó la vista y observó la masacre de su pueblo. Esos bastardos levantaban la cabeza al aire y se reían. Se reían de las muertes que provocaban. Disfrutaban de su maldad.

Ella no sería más que otra mota de polvo en los ropajes de esos salvajes pero no permitiría que mataran a su gente como a cerdos sin siquiera levantar un dedo.

Sainza salió de su escondite y corrió hacia el castro sujetando con fuerza el mango de su cuchillo. Si era el día de su muerte que así fuera.

—Aquí no hay nada, ¡vámonos!—La voz de Sigurd penetró con lentitud en sus oídos, Ivar echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Hay. Diversión.

—Nos vamos.—Sus hombres comenzaron a retirarse ante la orden de su jarl. Ivar frunció el ceño, miró el cuerpo sin vida del hombre que había matado y escupió sobre su cadáver mutilado. Tras encogerse de hombros se dio la vuelta para obedecer a su hermano y jarl.

—¿Hubo más suerte en el río?—Sigurd no miró a su hermano mientras caminaba de regreso a la costa.

—No. Es una villa grande pero de pocos recursos. Son tierras pobres, quizá antaño este sitio hubiera sido importante a manos de los romanos pero no es el caso ya.

—Una pena. Porque por lo menos se saben defender. Los de este castro dieron guerra, si me hubieses dado más tiempo...

—No nos dedicamos a perderlo matando. Venimos a saquear, ¿recuerdas?

—¿Sabes que eres un perfecto aguafiestas?

—¿Sabes que eres un perfecto grano en el culo?

Ambos hermanos comenzaron a reír a carcajada limpia.

††

Dinis cabalgaba satisfecho acompañado de un buen número de hombres. Era una noche perfecta para perpetrar un rapto. Se sonrió complacido, no había tenido que insistir mucho a los nobles que lo seguían por el camino que llevaba a Elviña. Por el contrario aplaudieron entusiasmados la idea de entretenerse esa noche peleándose con los castrexos de Elviña.

A pesar de su padre, el come Rondal, y de sus ideas sobre la madurez, la honorabilidad y su próximo enlace con la remilgada de Elvira, no estaba dispuesto a renunciar a su Sainza. Por nada del mundo renunciaría a ella. Mucho menos por la presión de sus padres o por la de esos inmundos castrexos, y sobre todo por la vieja Dosinda.

Frunció el ceño lleno de ira al recordar al prometido de la muchacha, ese insignificante gusano protegido del come de Frión podía despedirse de la vida esa misma noche. Por muy bien que luchara, por mucho que intentara salvar a Sainza de él, en aquella ocasión nada le serviría porque Dinis pensaba hacerle frente hasta la muerte de uno de los dos.

Habían sido demasiadas noches follando a otras mientras su mente la follaba a ella y muchas otras más sabiendo que ese maldito de Roi la tomaba mientras él no tenía acceso a la joven. ¡Él, un noble agachando la cabeza frente a un siervo!. Eso terminaría esa misma noche. ¡Y al diablo con las consecuencias!.

El siniestro resplandor que surgió donde se encontraba situado el castro le hizo apretar el paso disgustado, el resto de los guerreros lo emularon. De todas las cosas que pudo haber imaginado que

sucedieran aquella noche verse metido en la tarea de apagar el fuego que cualquiera de esos estúpidos siervos hubiera propagado por el castro, no era una de ellas. Esperaba que Sainza se encontrara bien porque de otra manera alguien pagaría por ello

Los vikingos se dieron de bruces con los hombres de Dinis, los cuales en un principio se quedaron varados por la sorpresa hasta que en segundos se recobraron y desde sus monturas profirieron gritos de batalla y se lanzaron al ataque abriéndose camino entre las filas de los intrusos rubios que iban a pie.

Sainza había detenido su carrera hacia el castro cuando vio que los invasores comenzaban a marcharse. A unos diez metros de los rubios contempló fascinada la lucha que se inició frente a ella, en los cuerpos de los hombres asestándose mutuamente golpes, gruñendo y escupiendo maldiciones al unísono.

Apretó cruelmente los puños a sus faldas con el cuchillo todavía apesado en una de ellas, impregnándose de aquella exhibición perturbadora. La fuerza bruta contra la fuerza bruta. El salvajismo de unos y otros le provocaban unos insanos deseos de poder coger ella misma un hacha y comenzar a matar.

Los intrusos recularon hacia el camino que llevaba a Crunnia, tenían orden de retirada y lo hacían con rapidez. Estaba visto que no deseaban luchar si no conseguían algo a cambio. La muerte de sus enemigos o el saqueo.

Distinguió al noble Dinis haciendo descender su espada sobre el cuerpo semidesnudo de un invasor que lo desvió con el escudo y gritando devolvió el golpe con su hacha contra la espada de Dinis que perdió el equilibrio y basculó sobre su montura soltando una maldición. Otro noble le lanzó una patada al invasor que lo echó al suelo desprevenido y allí fue pasto de los cascos del caballo de Dinis. Cuando el noble volvió la cabeza y buscó a más combatientes tuvo que azuzar a su montura porque éstos corrían para ponerse a salvo en sus barcas de Crunnia.

El odio estremeció a una consternada Sainza que siguió, sin darse cuenta de lo que hacía, al grupo de combatientes.

La playa y los restos de lo que fue Crunnia recibieron a los bárbaros retrocediendo hacia sus impresionantes navíos con cabezas de dragón en sus proas.

Entonces fue cuando recordó a Roi. Aquella noche tenía guardia en el faro. ¿Lo habrían matado los bárbaros?. La necesidad de encontrarlo aceleró sus pasos hasta que se percató de que no podía meterse en medio de la refriega.

Se deslizó por un lateral para observar la lucha sin ser descubierta y comprendió que Dinis no podría con aquellos bastardos si ellos decidieran plantarles cara. Lo único que hacían los intrusos era escapar a las embarcaciones. Se echó a correr hacia el faro escondiéndose detrás de los restos carbonizados de una cabaña.

En un momento determinado solo quedaba una línea de enemigos haciendo frente a los nobles de Dinis. Sainza observó a dos de los rubios y de repente descubrió a Roi, tumbado detrás de ellos intentando ponerse en pie.

La joven murmuró un agradecimiento a Dios y se movió en esa dirección para ayudarlo.

—¡Sal de aquí!—El grito de Sigurd hizo negar con la cabeza a un ocupado Ivar. Sainza se detuvo al escuchar aquellos gritos sin significado para ella porque desconocía el idioma de esos malditos.—Te digo que te marches ya. Yo iré detrás.

—No. Me quedo hasta que subas a la barca.

—Haz lo que te ordeno o yo mismo te cortaré la cabeza.

En aquel momento Sigurd vio de refilón una espada cruzando el aire en dirección a su hermano. Salía de un hombre tirado en el suelo cerca de una de las pocas cabañas que quedaban en pie.

El brazo de Sigurd detuvo con su espada el filo de la otra. Ivar contempló sorprendido lo cerca que había estado de la muerte. Los enemigos se estaban envalentonando y sin el apoyo de sus tropas que partían sin cesar hacia la seguridad de los drakkars, pronto su posición sería francamente vulnerable.

—¡Vete por Thor, van a venir más, éstos sólo son la avanzadilla!—Ivar por fin asintió y partió protegido por la espada de su hermano.

Sigurd respiró profundamente antes de continuar luchando contra los lugareños. No había esperado un ataque frontal, de hecho aquellos poblados dejaban mucho que desear en cuanto a riquezas, era ridículo que mantuvieran un pequeño ejército allí, porque la villa de la ría que había atacado no disponía de una defensa real y aquella aldea rodeada por un muro era mucho más insignificante. En ese instante se dio cuenta de algo que se le había pasado por alto. Algo importante. ¡El faro!, habían avisado con señales a través del faro. Tenía que haberse dado cuenta de eso y ordenarle a Ivar que atacara el faro antes que otra cosa. ¡Maldición!

Por lo menos sabían luchar. Al fin su hermanito conocería las hieles de la derrota. Quizá con eso tuviera suficiente de aventuras.

El moreno que había atacado a su hermano desde el suelo se había puesto en pie y basculaba debilitado, era una presa definitivamente fácil.

Sainza contempló, a unos tres metros, apretujada contra la pared ennegrecida, el intento de Roi por levantarse y conseguirlo a duras penas, parpadeaba como si su vista estuviera nublada pero aun así, Sainza supo que él también comprendía que el intruso podría terminar con su vida con facilidad. Tenía que sacarlo de allí, hacer que dejara de actuar como un héroe.

En el momento en que Sainza puso un pie hacia adelante, Roi levantó la espada, el intruso tenía a uno de los nobles de Dinis enfrente intentando clavarle su arma, el cuerpo extraordinariamente ágil del invasor giró e impulsó su espada contra el noble que perdió la suya en el impacto y miró con ojos desorbitados como el brazo del rubio se alzaba sobre él para partirle en dos el cráneo con ella.

Sainza dio tres pasos más hacia su prometido al mismo tiempo que Roi intentó impedir la muerte del noble y con más valentía que fuerza hizo descender la espada sobre la espalda desprotegida del rubio en tanto éste, con rapidez increíble, desvió el curso de su espada lateralmente rasgando de refilón el cuello de su oponente abriéndole un boquete mortal del que comenzó a manar sangre, y en el mismo movimiento se volteó, bloqueó con su escudo la espada de Roi, y con precisión mortal cercenó la cabeza del herido antes de que su espada tocara el escudo.

La sangre que salió despedida del cuello de Roi salpicó a Sainza en la cara y en el cuerpo, ésta no pudo evitar lanzar un grito espeluznante que nadie escuchó en la refriega. Sentía los pies hundidos en el suelo mientras su mente tardaba en asimilar lo que había visto y sentido, no conseguía arrancar la

vista de la cabeza sorprendida de su amante rodando por la pendiente y deteniéndose frente a un cadáver quemado como si lo hiciera con absurda lentitud.

Roi estaba muerto. Aquella afirmación silenció los gritos, las maldiciones y los movimientos de los guerreros.

Muerto.

Cayó de rodillas y el cuchillo que todavía se encontraba entre sus dedos resbaló de ellos muy despacio. La sangre del cadáver sin cabeza de su prometido fluía densamente regando la tierra y brillando con el resplandor de las llamas.

Aquella no había sido la muerte que él hubiera deseado, Roi no se merecía aquella muerte.

Los hombres de Dinis querían prisioneros, querían sangre y venganza, por eso rodearon a los pocos bárbaros que permanecían en la playa arrasada impidiendo su retirada.

Sigurd supo que estaba en problemas y miró a sus compañeros, tal vez allí terminaría todo. Con un ímpetu renovado frente a una muerte cercana los vikingos dieron el todo por el todo y ante la violencia de su rebelión muchos nobles gallegos cayeron bajo el yugo de sus hachas y espadas.

Algunos pudieron llegar a las barcas que todavía esperaban, muchos intentaron que su jarl se salvara, pero él era reacio a ser el primero en escapar, no tenía por costumbre huir. No sabía cómo hacerlo.

Eso fue su perdición.

Jon cubrió las espaldas de su jarl, los enemigos continuaban cercándolos por todas direcciones.

—¡Sigurd vete!, abriré un boquete para que puedas correr a la playa. Te están esperando.

—No pienso huir.

—Esto no es huir, es salvarse, si te quedas morirás. Ellos buscan nuestra sangre.

Sigurd lanzó una estocada y se protegió con el escudo de la respuesta contumaz del hombre que lo agredía sin darle tregua. Jon hacía lo mismo detrás de él.

—Si retrocedo tendrás que vértelas con seis y no con tres, y los dos sabemos lo que eso significaría.

—Tú eres el jarl, tienes que ponerte a salvo.

—Yo soy un guerrero como tú, si he de morir hoy que así sea.

—De acuerdo entonces.—Jon conocía muy bien a Sigurd, y en verdad era un guerrero espectacular pero no podría con tantos enemigos, aquel sería el día de su muerte y nada ni nadie podría impedirle alcanzar la gloria del Valhalla. Asestó un golpe mortal en el torso de su contrincante y atajó una espada con el filo del hacha que sujetaba con la otra mano.

Sigurd frenó con su escudo el golpe de una espada y levantó el brazo con la suya, pero antes de poder abrir el cráneo de su oponente, un mazo cayó sobre el suyo, pudo escuchar las llamadas de sus hombres pero la oscuridad del averno se cernió sobre él.

Había sido una muerte digna pero muerte al fin y a la postre. Sigurd se asustó de tener ese pensamiento. Morir en batalla era un honor.

Sin embargo morir antes de hacer lo que se necesitaba hacer era una impotencia.

††

Ivar contempló el golpe y la caída de su hermano sin poder dar crédito a sus ojos. Sin poder asumir que por su culpa el jarl de Kinsarvik había caído en combate en una tierra pobre y miserable, sin los honores que le correspondían y sobre todo que él vivía a expensas de la muerte de su hermano.

La sangre le palpitó en las sienes con la impotencia y la rabia. Su hermano había caído en aquella Hispania mugrienta pero los hispanos conocerían el verdadero poder de los norsemen porque Ivar se vengaría, se juró en aquellos momentos. Volvería allí y se vengaría de todos aquellos, y cuando lo hiciera no sería con diez naves sino con un centenar. Y eso sería muy pronto.

El grito con el nombre de Sigurd surgió de su garganta y se pudo escuchar perfectamente en la costa.

Capítulo 2

Sainza se levantó y caminó como una sonámbula entre los restos de Crunnia. Se arrodilló ante el cadáver de Roi y buscó con la vista la cabeza. Se levantó aturdida y la cogió entre las manos. Un sollozo escapó de sus labios mientras regresaba la cabeza al tronco y cubría el cuerpo de su amante con su propio manto. Allí permaneció largos minutos hasta que Dinis, terminado de apresar y atar a unos quince intrusos se presentó delante de su cuerpo estremecido por el odio y la rabia más que por el dolor.

Sainza levantó la cabeza y casi pudo distinguir un rayo de satisfacción en el rostro de Dinis. Los hombres eran seres sin conciencia ni respeto.

—Será mejor que nos dejes eso a nosotros.

—Sí.—Suspiró tomando la espada de su fallecido amante y apretándola contra su pecho.

—Lo enterraremos con ella. Ha tenido un comportamiento heroico.—Sainza se sorprendió frente a aquella demostración de admiración. Seguían siendo cosas de hombres. Sacudió la cabeza con disgusto y se levantó sin prestar atención a la mano que le ofrecía su ayuda.

Sólo podía pensar que si hubiera sido más rápida hubiera apartado a Roi de la batalla y en aquellos instantes lo estaría abrazando y sintiendo su protección sobre ella.

Bajo la agonía que suponía comprender la desaparición de su amante, Sainza se encaminó hacia el castro sin mirar atrás, necesitaba el consuelo de los brazos de Dosinda. En ese momento se detuvo asustada, ¿y si también ella estaba muerta?

Aquel horrible pensamiento la hizo correr en dirección al castro. Si ella también estaba muerta, su propia vida estaría muerta, no tendría a nadie a quién acudir, nadie que la protegiera, nadie que la amara, estaría sola. No se detuvo hasta que la cabaña quemada de su querida anciana no le cerró el paso.

Alguien se apresuró a apartarla de las llamas y a conducirla fuera de las murallas del castro. Y en poco tiempo estuvo abrazando a Dosinda que acariciaba su cabello con ternura reprochándole que hubiese regresado a Elviña.

—Debiste hacerme caso. La próxima vez me lo harás.

—¡Tú sabías lo que iba a ocurrir y no me lo dijiste! ¡No avisaste a nadie!

—Hay cosas que por mucho que se avisen no sirve de nada hacerlo. No puedo ser visionaria en el reino de Ramiro, él es la Vara de la Justicia y tiene por norma eliminar a los magos, a los druidas y a los visionarios.

—Perdóname.

—No pasa nada, la vida no es justa y lo que va a suceder a partir de hoy, tampoco lo será para nadie.

—Han matado a Roi. A Roi, Dosinda.

—Lo siento mucho pequeña, lo siento mucho.—Y la abrazó de nuevo, Sainza no lloraba nunca y tampoco lo estaba haciendo en aquel momento. Dosinda hubiese deseado que lo hiciera. Pero la joven era complicada.—Por lo menos ya no están, ya se han ido.

—Dinis ha apresado a varios de esos bastardos.

—Deberían haberlos dejado ir. Deberían dejarlos ir.—Comentó preocupada la anciana.—Tengo que ir a Crunnia. Manda traer una mula, llévame allí rápido.

—Lo que tienen que hacer es pasarlos por la espada y matarlos como a cerdos después de destriparlos.

—¡No!.—Dosinda le sujetó la manga de la camisa ensangrentada con fuerza.—Si no los sueltan, si no les dan la libertad, el dragón volverá.

—No digas disparates, en cuanto el rey Ramiro se entere de este ataque ninguna costa de Gallaecia se verá desprotegida. Ya lo verás. Él nos protegerá.

—Lo único que nos protegerá será que liberemos a esos dragones. ¡Tráeme una mula ya!.

Ante la ansiedad de la mujer Sainza obedeció, no deseaba hacerlo, volver a la tumba abierta de Roi, era demasiado pronto para enfrentarse de nuevo con su cuerpo destrozado. Pero la obedeció porque el solo pensamiento de perder a Dosinda la aterraba. Por eso la llevó a la aldea destruida y la ayudó a bajar del animal. La mirada de la muchacha se fue hacia dónde todavía se encontraba el cuerpo inmóvil de Roi, apenas un bulto escondido tras su espeso manto. Sainza apretó los puños sin darse cuenta hasta que descubrió que Dosinda avanzaba decidida hacia los hombres, momento en que los abrió y se apresuró para ir a su lado.

Dosinda se introdujo entre los escombros y fue determinada hacia donde se encontraban los prisioneros, se detuvo detrás de Dinis que escupía órdenes a diestro y siniestro y observó con detenimiento a los rubios.

Las greñas y las barbas de pelo tan claro que refulgía les hacían parecer demonios. Pero eran sus ojos de azul cristalino lo que se incrustaba en cualquiera que los mirase.

Inmediatamente Dosinda se fijó en uno de ellos. Permanecía atado de pies y manos como el resto, tirado sobre el suelo de mala manera.

Frunció el ceño observando los músculos de sus brazos, los adornos de oro y su rostro tranquilo en la inconsciencia, de la cual parecía que comenzaba a intentar salir.

La anciana supo que era él y se puso muy nerviosa. Miró a Dinis y éste, que todavía no se había percatado de la presencia de la mujer a sus espaldas, ordenó pasar por cuchillo a todos ellos.

—¡No!.—El chillido de Dosinda se le clavó en los tímpanos a más de uno. Sainza sujetó su brazo cuando la vio intentar agarrar el del noble. Dinis se volvió y observó a la mujer con una sonrisa ladeada de satisfacción.

—Mujer vete ahora mismo de aquí. Voy a ajusticiarlos así tenga que vender mi alma al diablo.

—Cosa que harás en ese mismo instante. No puedes matarlos. Si lo haces sucederán cosas horribles.—Sainza escuchó a su vieja con el corazón palpitándole con fuerza. No desvió la mirada ni una sola vez hacia los prisioneros. Dudaba seriamente de poder controlarse si lo hacía. Pero las palabras de

su anciana madre tampoco la ayudaban a calmarse. Qué demonios pretendía Dosinda. No podía querer de verdad salvar a esa gente. ¡Habían matado a Roi!

—Ya he mandado a emisarios para advertir a Ramiro y a mi padre de lo ocurrido hoy en Brigantium y en Elviña.

—Entonces aguarda a que ellos den la orden de ajusticiamiento.

—No tengo porque hacerlo. Yo mando en mis hombres.

—Tú no tienes hombres, estos son nobles como tú, y tienen la obligación de servir a tu padre y al rey, igual que tú.—La quebradiza figura de la anciana parecía a punto de perder el equilibrio por la ansiedad y el terror.

—Mira vieja bruja...—Sainza se vio en la obligación de intervenir, a pesar de sus propios sentimientos, no podía consentir que Dosinda fuese humillada, ni que ella misma la abandonara cuando tantas veces las runas y sus visiones habían dado en el clavo. Por eso a pesar de no comprender qué provocaba aquel comportamiento absurdo en su madre, lo respetó.

—Dinis por favor, hazle caso. Espera.—La voz apaciguadora de Sainza se le metió en las venas al hombre que se dio cuenta de su presencia y frunció el ceño.

Había habido muchas hembras en su lecho pero ansiaba a aquella de una manera demencial y obsesiva. Tanto que cualquier deseo que le formulase sería inmediatamente cumplido.

Asintió y ordenó vigilar a los prisioneros hasta la llegada de su señor y del come de Frión.

Sainza se guardó una maldición en su boca, lo que más hubiera deseado era ver las cabezas de esos desalmados fuera de sus cuerpos, igual que ellos habían hecho con Roi, incluso le hubiera suplicado a Dinis poder ser ella misma quién lo hiciera, aunque solo pudiera utilizar las manos para hacerlo.

La sed de sangre que la invadía no la hacía muy diferente a aquellos que odiaba, pero no le importó saberse de la misma calaña, al fin y al cabo era humana.

Pero el respeto y el amor que le profesaba a Dosinda la obligaron a pedir por ella, por lo cual en aquellos momentos ella era la responsable de que los asesinos de Roi todavía respiraran y aquello, definitivamente, no la hizo sentir bien en absoluto.

Para colmo Dosinda se negó a marcharse, empeñada en su objetivo permaneció el resto de la noche tumbada al lado de una preocupada Sainza que ni siquiera logró convencerla para que se cobijase en alguna de las cabañas que habían quedado en pie en Crunnia, era como si no se atreviera a abandonar a los invasores a los cuidados de Dinis. Y Sainza pensó que en parte tenía mucha razón, si Dinis sentía la cuarta parte del odio que sentía ella por esos zarrapastrosos, la prudencia de su madre era conveniente, porque sólo su presencia evitaba que ella misma alzara una de esas pesadas hachas sobre los cuerpos nauseabundos de sus dueños.

La lluvia llegó por fin y regó los escombros, las llamas y a las personas que se encontraban allí. Sainza consiguió cubrir a duras penas a su madre adoptiva y escuchó sus toses y su dolor con impotencia.

La anciana miraba atentamente a uno de los rubios, la intensidad con la que le prestaba atención no logró que Sainza le dirigiera una maldita ojeada, se negaba a mirarlos porque su control tenía un límite, uno demasiado frágil. Pero eso no evitó que terminara por preguntarle lo que le ardía en los labios.

—¿Quién es?.

—Nuestra salvación o nuestra destrucción. Creo que nuestra destrucción.

—Entonces permítele a Dinis que acabe con todos ellos. Por favor Dosinda, no seas cabezota. Ya hemos sufrido bastante a sus manos.

—No puedo, no, mientras exista la esperanza de que salvarlo pueda servirnos de algo. La suerte está echada, la única manera de librarnos de los dragones sería devolver a éstos al mar, con sus navíos. Pero ya no hay navíos en el horizonte, los han abandonado a su suerte. Y por eso vamos a tener que pagar. Por ellos tendremos que pagar un alto coste.

—No digas más cosas de esas. Me disgustan y me asustan.

—¿Te asustan?. Sé muy bien lo que corre por tus venas, sé muy bien quién era tu padre, aunque aquí nadie lo supiera. Él vino de las tierras del norte, de Britania, de un clan del reino de Dalriada, era un guerrero insaciable que llevaba en las venas el fuego de los salvajes y no se detenía ante nada ni ante nadie. No aceptó nunca ley alguna y estoy segura de que lo emboscaron hombres de los suyos, en las incursiones que llevaba a cabo cuando desaparecía para hacerse con botines en el sur de Gallaecia.

Y tú eres igual, no en lo físico pero sí en lo espiritual. Eso es lo que atrae de ti a los hombres, la afinidad que tienes con ellos, llevas la sangre celta en tus venas, y eres una guerrera como lo fue tu padre.

—No sé ni levantar un arma. No sé luchar.

—Y doy gracias a Dios y a mis dioses por ello.

—Pues no lo agradezcas tanto porque después de lo de esta noche no pienso quedarme cruzada de brazos, no voy a permitir que nadie me decapite impunemente. No voy a permitirlo.

—Tus ancestros se hartaron de luchar, las mujeres al lado de los hombres, defendiendo sus castros y su vida. Pero para qué, qué consiguieron sino morir o vivir en la esclavitud o ser derrotados por otros pueblos más fuertes, siempre hay alguien más fuerte. Sé mujer y olvídate de los rencores y de la venganza. Las mujeres damos vida y cuidamos a nuestra comunidad. Somos quienes la mantenemos unida.

—Lo siento Dosinda, no pienso lo mismo que tú. Yo necesito poder defenderme, necesito no sentir esta impotencia que me abrasa y me destruye. Los veo y sólo siento dolor por cada inspiración que hacen. Me corre por la sangre el veneno de la venganza y ya no podré arrancármelo de la piel. Desearía matarlos con mis propias manos.

—Es una pena, no sé qué será de nosotros ahora. Nunca debimos hacerlos prisioneros. Pagaremos muy cara nuestra osadía.

Sainza calló y ayudó en lo que pudo a pasar la noche a su anciana madre, aquel día, aquella noche nefasta tendría unas consecuencias horribles para las dos. Porque si Dosinda moría, qué sería de ella.

Sabía cazar, sabía de hierbas, más de lo que le hubiese gustado saber, pero ella no deseaba ser una curandera en el reino de Ramiro, no pensaba caer bajo las acusaciones de meiga.

Por lo que decidió que si Dosinda moría, se iría a las montañas y viviría en paz sin nadie al lado, sin importarle los ataques de unos bárbaros, ni si la gente iba o venía en la desdicha de aquel mundo. Sí. Si Dosinda perecía, ella escaparía de aquel feudo y de cualquier ley.

Cuando llegaron los hombres del come de Frión, la lluvia se había convertido en una fina capa que revoloteaba con el viento mordaz del norte.

Dosinda tosía sin control pero se levantó ayudada por Sainza y se acercó a los prisioneros, más concretamente a aquel que había despertado totalmente durante la noche y permanecía en silencio observando a sus enemigos con estoicidad.

Sainza no les había dedicado ni una sola mirada a aquellos asesinos, simplemente estaba allí por su madre y por nada más.

El come se enfrentó a la calamidad y a los que la habían provocado en sus tierras. Dinis insistía en pasarlos por cuchillo pero el conde callaba observándolos pensativo.

—¿De dónde vienen?—Preguntó sin mucha intención de conseguir una respuesta de ellos o de sus hombres.

Efectivamente los rubios no abrieron la boca, seguramente no entendían el idioma. El come lo intentó con el anglosajón y ahí sí hubo una respuesta silenciosa, en los ojos perceptivos de algunos. Pero se negaban a hablar.

—Son dragones del norte y los suyos volverán a vengarse por estos prisioneros.—La voz de Dosinda se hizo fuerte entre los espasmos de tos que la invadían.

Los ojos de los enemigos se centraron en las dos mujeres con desprecio. El come mostró sus respetos a la curandera y apenas una sonrisa de lástima cubrió sus labios al encontrarse con la mirada de Sainza.

Ella desvió la suya hacia las manos que sujetaban el pequeño cuerpo de la anciana.

—¿Tienes algo que contarme anciana?

—No debéis hacerles daño, debéis darles una barca y que regresen a su guarida cuanto antes señor, por favor.

—No te preocupes, nadie volverá por un puñado de soldados que se dejaron atrapar.—Dosinda se calló obstinada y nerviosa.—Además Ramiro hará construir defensas que impedirán nuevos ataques, a la postre los moros son más peligrosos para nosotros, estos rubios no podrán con nuestro ejército.

Dosinda abrió y cerró la boca. Pero pasados unos segundos volvió a tomar la palabra.

—Señor os pido el favor que me debéis y que lleváis años exigiendo su cumplimiento. Por fin necesito algo de vos.

—Hablad.

—Necesito un esclavo, soy anciana y mi cabaña ha quedado destrozada, voy a necesitar unos brazos fuertes y pienso que quienes la destruyeron deberían levantarla de nuevo.

La interjección de los presentes levantó miradas curiosas entre los rubios que comenzaron a prestar atención a lo que estaban hablando aquellos lugareños.

—¿Sabes lo que me estas pidiendo?

—Sé que no tengo derecho ni estatus para tener un esclavo. Pero es lo que os pido para saldar la deuda que tenéis conmigo. Un esclavo.

Sainza pensó que Dosinda deliraba por la fiebre y el cansancio. Pero se negó a pronunciar palabra para evitar dejarla en evidencia, no comprendía a su madre pero la respetaba y la quería por eso cerró la boca, a pesar de las ganas de gritar que sentía. Había perdido a su prometido y la mujer que ella amaba como a una madre se había vuelto loca por su enfermedad y las emociones del día, por eso pedía un esclavo. Un asesino de su pueblo. Le temblaron peligrosamente las manos de las ganas intensas que sentía de coger una espada y comenzar a matar a aquellos infelices bastardos. Salió de la visión ensangrentada al escuchar la voz del come.

—De acuerdo.

Las maldiciones, los gruñidos y los murmullos que se alzaron hicieron que los rubios mirasen con curiosidad a la anciana y a su silenciosa acompañante.

—Quiero a ese.—Señaló al que había contado con su atención durante toda la larga espera. Sainza clavó su vista en él por primera vez en toda la noche, y una exclamación ahogada se hundió en sus pulmones y le arrebató el aire. El odio que destilaba su corazón le impedía discernir siquiera si su anciana madre estaba o no en su plena capacidad mental para requerir aquella petición tan horrible. Lo que tenía por seguro era que ella no viviría, no compartiría nada con ninguno de esos asesinos y mucho menos con aquel que había arrancado la cabeza de su tronco a Roi. Nunca, jamás admitiría su cercanía. No lo haría ni por Dosinda. No lo haría por nadie.

Sigurd observaba extrañado el comportamiento de aquellos que lo mantenían preso junto a sus hombres. Parecían discutir con una vieja que era sostenida por una joven desarrapada y tan llena de sangre como ellos mismos, con apenas edad suficiente para ser mujer.

Por unos instantes reconoció el anglosajón en el jefe de aquellos hombres pero luego volvieron a hablar en el idioma nativo del país hispano, su madre conocía el gallici y algunas palabras de él se quedaron retenidas en su mente. Pero tenía que estar equivocado cuando la palabra esclavo se había colado en su percepción. Debía ser por el golpe en la cabeza.

Lo único que deseaba era terminar de una vez, no comprendía qué pretendían esas gentes esperando tanto para matarlos.

La anciana lo señaló con un dedo decidida, el hombre jefe asintió con el rostro ensombrecido frente a lo que parecían las protestas de varios de sus soldados, el peor de todos, uno de cabellos largos moreno y que lo miraba furioso. Lo hicieron ponerse en pie de un tirón y su altura y envergadura empequeñeció a sus captores.

Sainza mantenía fija su atención en un acalorado Dinis que continuaba escupiendo maldiciones por la decisión de su come poniendo voz a sus propios pensamientos. Por una vez en su vida deseaba que Dosinda no se saliera con la suya. Sainza rogó interiormente que Dinis hiciera entrar en razón al come.

Cuando se volvió por requerimiento de Dosinda se dio de bruces con el rubio, apenas le llegaba con la cara al pecho, levantó la vista y miró de frente al asesino de Roi temblando de las ganas de arrancarle los ojos. Él no le prestó ninguna atención, su vista permanecía sobre Dosinda sin expresar nada en su rostro.

Cómo pretendía su anciana madre controlar a aquel saco de músculos. Tenía que obligarla a recapacitar. Y lo haría tan pronto estuvieran a solas.

—Haced que éstos reconstruyan Crunnia. Si alguna vez os he servido bien, sabed que esto es uno de los mejores consejos que os voy a dar nunca.—Dosinda se lo dijo a Román, come de Frión.

—De acuerdo vieja, serán mano de obra y carne de arado.

La sonrisa de Dosinda se truncó con unas toses tan fuertes que Sainza tuvo que sujetarla contra ella para impedir que cayera al suelo.

La acompañó a la mula y la hizo subir. Dinis se colocó a sus espaldas y agarró su brazo con insolencia. Ella se soltó de golpe y clavó sus ojos verdes en él.

Sigurd se vio obligado a seguir a las mujeres y no pudo evitar mirar los ojos estremecidos por la rabia de la joven. Eran unos ojos ciertamente hermosos que le provocaron curiosidad.

—Procura no volver a tocarme.—Le escupió enfurecida. Dinis alzó las manos en señal de rendición pero la sonrisa tosca de su boca desmentía sus acciones.

La inmensa silueta del esclavo se cernía detrás de Dinis. Sainza centró la mirada en su vecino porque a poco que le dieran una oportunidad le suplicaría al noble bellaco que atravesara con su espada al asesino de Roi, aunque tuviera que venderle el alma al diablo por ello.

—Creí que habías superado tu actitud infantil.—El recordatorio de su antigua vida, de sus antiguos enfrentamientos con Dinis la desinfló por dentro. Tenía que agradecerle su aparición en Elviña y dejar atrás las rencillas.

—Estoy exhausta Dinis, te rogaría que perdonases mi impaciencia por marchar, en otro momento hablamos, pero no ahora.—A pesar de todas las consideraciones de agradecimiento que pudiera plantearse le daba rabia hablarle así, Sainza conocía a la perfección los intereses de Dinis sobre ella, mientras Roi se encontraba con vida, Dinis nunca se hubiese atrevido a intentar nada con ella, pero ahora..., tendría que ser muy cuidadosa o se vería metida en serios líos.

—Sainza.—La joven se volvió hacia Román, éste se acercó al grupo y posó una mano en el hombro empapado de la muchacha.—Lamento mucho lo de Roi.—El dolor que cruzó el rostro de la chica no pasó desapercibido por ninguno de los hombres que la rodeaban.—Él no tenía familia directa, y supongo que le hubiese gustado que sus pertenencias pasaran a ti en caso de su fallecimiento. Nunca me lo dijo, pero lo sé. Porque lo que sí me pidió fue que te protegiera siempre y tu mano. Ambas cosas se las hubiese concedido de buen grado. Por tanto su cabaña es tuya, y sus riquezas que yo tenía en custodia. Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que desde ahora no necesitarás el resguardo de ningún hombre para sobrevivir, Roi nunca quiso que le otorgara tierras por sus servicios en batallas, pero yo se las he dejado en su valor en plata. Él ha sido el hijo que nunca tuve, contaba con su fidelidad, y con su nobleza de carácter, y ahora me siento responsable de ti. Esta noche podéis quedaros en su cabaña si no ha sido destruida, y si lo ha sido yo correré con su reconstrucción.

—Gracias señor, no sé qué decir. Gracias.—Sainza atrapó en sus pupilas las lágrimas que pretendían dejarla en ridículo y humillarla frente a sus enemigos. Pocas veces en su vida había llorado y no empezaría aquella noche.

Agarró las riendas de la mula y se encaminó hacia Elviña olvidando totalmente al esclavo. Fue la voz de Román en anglosajón lo que la hizo detener.

—Ahora eres esclavo de la vieja, la obedecerás en todo o morirás deshonrosamente. Si intentas escapar nuestros perros darán contigo y no tengo que decir lo que será de ti entonces. ¿Entendido?.

Sainza contempló fascinada el intercambio de miradas que cruzó el esclavo con Dosinda y con Román. Parecía incrédulo, a punto de explotar. Aquello enfureció a la joven, suerte que tenía aquel demonio de que la vieja de su madre hubiera decidido hacerse cargo de él. Porque lo que tenía claro era que Dosinda no necesitaba a ningún esclavo. Todo el castro de Elviña la adoraba y darían su vida por ella. Le harían todas las cabañas que quisiera igual que la alimentaban.

Agarró con más fuerza las riendas y miró al asesino con los ojos brillantes de odio.

—¿Entiendes?.—Repitió con voz acerada Román. El asesino lo miró durante unos segundos.

—Entiendo.—Le respondió en anglosajón.

El maldito comprendía el idioma madre de los britanos, ¿sería britano como su padre?. Se dijo que no le importaba nada de eso, salvo el hecho de que hubiera alguna posibilidad de deshacerse de él, que era precisamente lo que haría tan pronto pudiera hablar con Dosinda.

Deshacerse definitivamente.

Arreó a la mula y escoltada por algunos nobles de Frión, partió hacia Elviña, hacia la cabaña oscura y triste de Roi. Eso si todavía se mantenía en pie.

El castro se veía inmerso en una marea de gente yendo y viniendo que se quedó paralizada al contemplar la llegada de su curandera con uno de los rubios atado de pies y manos detrás de ella. Los miraron atravesar la aldea en dirección a la cabaña de Roi, que por suerte se encontraba en perfectas condiciones.

Dosinda se detuvo en varias ocasiones para explicar la nueva situación de los prisioneros y de su esclavo. Nadie se atrevía a acercársele, todavía se sentían amenazados por la violencia de los actos que habían perpetrado aquellos rubios en su poblado. Y, de todos modos, la actitud arrogante del asesino no favorecía un acercamiento. Era como si se considerase un rey entre el fango. Sainza no soportaba su presencia y dudaba seriamente de que pudiera contenerse si tenía que estar con él encerrada en una cabaña.

Dosinda no quiso tentar a la suerte y se apresuró a caminar hacia la cabaña.

Sainza frenó a la mula y miró la puerta de la cabaña de Roi, había estado muchas veces allí parada esperándolo a que saliera de ella para ir a pasear al bosque a recoger hierbas o a las ferias de los pueblos vecinos. Todas las veces volaron por su memoria de repente golpeándola con crueldad.

Dosinda se apoyó en ella para bajar del animal y tomándola de la mano abrió la puerta de la cabaña para meterse dentro tosiendo sin parar. Pero Sainza retiró la mano, todavía no estaba preparada para encontrarse con las pertenencias de su prometido.

—Ve entrando tú y acuéstate.—La voz le sonó ronca de la emoción. Dosinda asintió con la cabeza tapando la boca con la mano para contener la tos y entró seguida de la montaña de músculos.

Sainza se apoyó contra la pared y tomó aire repetidas veces, le dolía el pecho por las emociones contenidas, el odio, la impotencia, y los ingratos recuerdos de las vivencias con Roi, pero sobre todo el dolor que le desgarraba el alma por verse obligada a entrar, en la que había sido la vivienda de su amante y futuro esposo, acompañada de su asesino.

Había hecho muchas cosas en su vida desagradables, muchas cosas dolorosas, otras que le habían paralizado el corazón por el miedo, pero nunca, nunca había sentido algo como aquello. Le aterrorizaba la idea de que estuviera llegando a ese límite que existía en toda persona, un límite que la arrojaría a la desesperación. Algo que, definitivamente, nunca había experimentado.

Si se perdía, si llegaba a perder el control de sus actos, nada bueno resultaría de ahí.

Pasó una mano temblorosa de indignación por la frente y trató de nivelar los fuertes golpes que su corazón hacía dentro de su pecho.

Dosinda nunca le había pedido nada, nunca le había exigido mucho, y siempre le había proporcionado todo aquello que una buena madre puede dar a su amado hijo. Su conciencia le decía que no podía oponerse a la única cosa que le pedía aunque no comprendiera sus motivos.

Dosinda siempre había sido una persona centrada, sin embargo los desvaríos de la vejez podían llegar de un día para otro. Ojalá que ese no fuera el caso de la anciana. Ojalá que no la perdiera a ella también porque con ella se iría su cordura, Dosinda era el embalse que contenía la fuerza de su temperamento. Siempre lo había sido.

Pero, por Dios que no existía justicia en este mundo si se permitía que la mano que había arrancado la vida al dueño de la vivienda se encontrara protegida por el techo de esa vivienda. Todo era demasiado grotesco.

Dio tiempo a su acelerado cerebro a hallar un mínimo de serenidad secando a la mula y poniéndole algo de heno. Cuando sus brazos cayeron inactivos tomó aire y contempló la puerta cerrada de la vivienda. Sus pulmones se vaciaron de golpe cuando alzó la mano y agarró el pomo.

En vida de su prometido nunca lo había hecho, era un lugar reservado para los días de su matrimonio, traspasó el umbral derrotada con los hombros hundidos.

El esclavo se encontraba sentado en el suelo apoyado en una de las paredes circulares de la estancia con los ojos cerrados. El impulso salvaje de lanzarse a su yugular la hizo tambalear por unos segundos. Los doblegó porque con cuerdas o sin ellas ese animal podría con ella sólo con un soplido suyo. Se apresuró en atender a Dosinda que había caído en el lecho de Roi y tosía sin descanso para apartar de sí sus temerarios pensamientos. Mientras estuviera ocupada podría controlar su ira, de hecho ésta le daba la energía que necesitaba para no derrumbarse en aquella cabaña. Ayudaría a Dosinda y así se ayudaría a sí misma hasta que pudiera tener una seria conversación con su madre sobre el esclavo. Y hasta ese momento se limitaría a fingir que no existía.

Después de abrirla bien con pieles, se volvió a la lumbre y la prendió rápidamente. Como nunca había estado en la vivienda de su amante, tardó un rato en encontrar los bártulos y los alimentos. En unos momentos puso agua a hervir y dudó al contemplar el cuerpo estremecido por los espasmos de la vieja.

Se arrodilló frente al lecho de paja y le habló con suavidad.

—No tengo las hierbas.

—Ve donde Xurxo, su mujer tiene algunas.—Sainza apenas hizo un movimiento de cabeza hacia el enemigo.

—No pienso dejarte sola con ese.

—Pues llévatelo.

—Ni en sueños lo quiero detrás de mí.

—Entonces que vaya a tu lado.

—¡Sabes muy bien a qué me refiero!.—Siseó. Dosinda no pudo contestarle porque la tos se lo impidió.—¡Oh muy bien, tú ganas!.

Se puso en pie y caminó hasta ponerse a la altura del sujeto. Le dedicó una mirada glacial y señaló con la cabeza la puerta.

Sigurd observó el pequeño y menudo cuerpo de la joven con lentitud, llegó a sus ojos verdes que parecían prendidos en llamas y a punto estuvo de sonreír. No entendía muy bien porque lo habían tomado por esclavo aquellas dos pero de algo estaba seguro, esa mujercita estaba desafiándolo para proteger a la otra. Se puso en pie.

Sainza tembló contemplando la masa de músculos en acción. Sus movimientos fluidos y rápidos le recordaron claramente lo que era ese monstruo en batalla.

Se giró sobre sus talones y con la cabeza bien alta salió de la cabaña seguida del asesino. Jamás le demostraría un ápice de miedo.

A pesar de sus intenciones, no pudo evitar que los pelos de su cuerpo se le erizaran dolorosamente mientras caminaba con paso acelerado por las callejas del castro. Tampoco pudo controlar la inmensa rabia que le producía saber que tenía tan cerca al bastardo que había acabado con la vida de su amante, atado de pies y manos, y que no podía hacer nada contra él cuando cualquier hombre del pueblo la ayudaría a eliminarlo con facilidad, aquello más que nada la llenaba de una rabia tan intensa que comenzaba a sentir la sangre bullir dentro de su cuerpo. También comenzaba a arrepentirse de la afiliación que tenía con su vieja.

Pero por Dios que podía jurar que si Dosinda moría, ese bastardo moría y lo haría a sus manos. Nadie le arrebataría aquel inconmensurable placer.

Entró en la cabaña medio quemada de Xurxo para darse de narices con un horrible espectáculo. El pobre hombre se lamentaba echando las manos a la cabeza frente al cuerpo sin vida de su hijo pequeño. El bultito ensangrentado golpeó a Sainza igual que una maza. Por un instante terrible las manos de la muchacha temblaron por la intensa ansia que sintió de agarrar el cuchillo que colgaba del cinto de Xurxo y clavarlo en el vientre desprevenido del rubio hasta abrirlo en canal y sacarle las vísceras con ambas manos. Las tiraría a los perros...

Respiró profundamente intentando detener las imágenes que se formulaban en su descontrolado cerebro. Cuando desaparecieron tocó con suavidad el hombro del desolado padre.

—Necesito tomar unas hierbas que tiene tu mujer.—La voz le salió ronca, no se atrevió a preguntar por su mujer. Xurxo asintió sin mirarla, sin levantarse del lado del cuerpo sin vida ensangrentado.

Sigurd observó la escena con desagrado, sus hombres tenían orden de no tocar a los niños, había muchos guerreros que mataban indiscriminadamente pero no se encontraban en las filas del jarl de Kinsarvik, sin embargo alguno se había excedido en su sed de combate e Ivar había permitido que ocurriera. Si tuviera a mano a su hermano le daría una lección que no olvidaría.

Sainza recogió lo que necesitaba y cuando se disponía a salir el cuerpo inmenso del rubio detuvo sus pasos. Se vio obligada a mirarlo de nuevo, los ojos de un azul límpido la observaron de la

misma forma que siempre, sin expresión. De nuevo ella alzó el rostro para indicarle que saliera y él, después de asentir con un deje de ironía que sí pudo identificar para estupefacción de Sainza, se dio la vuelta y abandonó la triste cabaña con los aires de un rey a pesar de las cuerdas que lo mantenían preso.

Sainza alzó las manos en señal de incredulidad y consternación y meneando la cabeza fue detrás del rubio que la condujo con precisión de regreso a la cabaña de Roi. Quién podía comprender a un asesino bastardo. Ella ni lo intentaría.

Se quedó mirando un momento cómo regresaba a su sitio en la vivienda y luego se concentró en la vieja sacándose de su mente a golpe de fuerza de voluntad.

El agua ya hervía, echó las hierbas y sacó el cazo del fuego. Extendió las manos frente a ella y las miró por primera vez en toda la noche, a pesar de la lluvia que le había caído encima todavía las tenía llenas de la sangre de Roi, el dueño de la cabaña. Tomó aire con resignación, todo aquello era absurdo y aberrante.

Echó agua en un recipiente y se las lavó concienzudamente, luego se secó a unos paños limpios y fue al lecho con la infusión preparada.

Tan pronto consiguió, con mucha paciencia, hacerle beber la mayor parte del líquido caliente a Dosinda, ésta se quedó profundamente dormida.

Solo entonces Sainza se puso en pie y masajeó su dolorida espalda y recordó que llevaba horas sin comer.

Rebuscó entre las cosas de Roi y cogió un trozo de carne ahumada y queso. Había también una torta de pan de centeno y, por supuesto, vino.

Le molestaba profundamente la presencia del asesino rubio, notaba sus ojos azules clavados en ella, en todos sus movimientos y deseó poder salir de allí aunque fuera unos segundos para conseguir respirar plenamente.

Pero no podía. Y tenía que alimentarse para poder cuidar a Dosinda. Y además era ya de día y necesitaba recoger más hierbas, necesitaba reponer todo lo que se había perdido en la cabaña de la curandera. Sabía que aquel día acudirían muchos a ella a por mejunjes y cremas que tendría que comenzar a preparar de inmediato.

Mientras rebuscaba entre las pertenencias de Roi buscando una cesta grande y sacos pequeños que vació de su contenido, se iba metiendo trozos de comida en la boca.

Con la prisa con la que comía no fue de extrañar que un trozo de carne se le atascara en la garganta al agacharse para recoger un recipiente, corrió hacia la mesa donde había dejado el vino y tragó de la bota con fruición tosiendo a la vez. Se limpió con la manga de sus harapientas vestimentas y volvió a beber ansiosamente.

Mientras tomaba aire su vista recayó en él. Su expresión impertérrita le hizo desear lanzarle la bota y la mesa e incluso una banqueta encima de su asquerosa cabeza.

Sigurd contempló fascinado el rostro de la joven, era la viva imagen de una furia contenida. Como si alguien pudiera domar la fuerza de la naturaleza.

Y se vio sorprendido porque él deseara ser ese alguien.

Reconoció la intensa capacidad de la muchacha para aguantar el sufrimiento, no se desmoronó durante la noche ni por cansancio ni por dolor. Sus ojos habían permanecido secos y salvo por la luz de la rabia nada los había empañado.

Vio como tomaba de la mesa, con gestos comedidos, un trozo de torta y sin dejar de mirarlo clavó salvajemente los dientes en el pan arrancando un cacho de un mordisco furioso.

Sigurd supo que aquel trozo de pan había sido su propio corazón en la mente de la muchacha. Una sonrisa lenta y sensual cubrió sus labios, hacía mucho tiempo que no reparaba en ninguna mujer, ninguna le había llamado la atención lo suficiente como para detenerse ante ella. Pero aquella le hacía sentir bien, lo retaba continuamente, quizá por eso disfrutaba de su compañía, quizá hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a retarlo.

Sainza observó incrédula la sonrisa de ese ser despreciable. Su mano alzó la torta y se la tiró con furia a la cabeza. Las manos atadas atraparon el objeto volador antes de que lo golpeará. El rubio tampoco dejó de mirarla cuando levantó, a modo de gratitud, la torta y mordió un trozo por el lado que todavía estaba marcado por sus propios dientes.

La interjección que soltó la garganta de la joven le hizo reír mientras intentaba tragar el trozo que tenía en la boca.

—¡Ojala revientes!—Sainza no quería hablarle, no pensaba hacerlo pero no pudo evitarlo. La única licencia que se concedió fue hacerlo en gallici.—Si no fueras el protegido de Dosinda a estas horas ya te habría despellejado vivo.

Recogió todo lo que había ordenado encima de la mesa y volvió su atención al intruso, luego miró a Dosinda tranquila en su sueño reparador y agotado.

Tendría que cargar de nuevo con él, y hasta que no se curada su madre, ella no podría marcharse. Porque Sainza había decido irse de castro Elviña. Nadie podía obligarla a convivir con ese desgraciado bastardo. Ni siquiera Dosinda.

—¡Vamos!—Ladró saliendo por la puerta. No tuvo que esperar mucho antes de verse seguida por él. Atravesó a toda velocidad la aldea saludando con seriedad a todo aquel que se detenía a su paso arrollador. Muchos tuvieron que apartarse de golpe frente al ímpetu de la joven.

Sigurd la siguió como una sombra, obviando las miradas de rencor, odio, y temor que dejaba a su paso.

La joven siguió un sendero bastante escabroso que los condujo a las profundidades de un bosque espeso. Cuando se vio en medio de la naturaleza, la muchacha se detuvo de repente, Sigurd, atento a todos sus movimientos no llegó a tropezar con ella. Observó cómo cerraba los ojos y aspiraba el aire enriquecido por la lluvia caída en la noche y él mismo se vio obligado a tomar una bocanada de aire.

Nadie los había seguido, ni soldados, ni hombres de la aldea sería muy sencillo librarse de la joven y buscar su libertad, sin embargo no conocía el terreno y probablemente lo atraparían antes de que pudiera hacerse a la mar en un navío.

Por lo que, si pensaba escapar, debía estar bien informado de ciertas cosas, puesto que lo que no valoraba nada era la idea de caminar desde Hispania hasta Noruega, algo que, además, debería evitar si pretendía llegar antes de que su impulsivo hermanito regresara en su búsqueda o en búsqueda de venganza como sabía que iba a suceder. De modo que por el momento no le quedaría más remedio que continuar siendo el esclavo de la vieja y la muchacha.

Durante las siguientes horas, fue detrás de la mujer mientras ésta se detenía una y otra vez para agacharse a recoger hierbas, hecho que lo llevó a la conclusión de que debía de ser una seidr. Una incansable. Ya era medio día cuando se dio por satisfecha, o tal vez porque ya no le cabía más material en los saquitos y en la cesta.

Cargada con su preciada mercancía, Sainza masculló una maldición. Tener que llevar consigo al rubio de aquí para allá era un grave inconveniente. Necesitaba lavarse y no pensaba hacerlo con él delante, lo que le recordó que era un esclavo y tenía que obedecer las órdenes que se le daba.

La urgencia de asearse antes de enfrentarse a la avalancha de gente que seguramente la esperaba ya a las puertas de su cabaña, la hizo decidirse. Nunca le había dado mucha importancia a la desnudez, y de ser en otras circunstancias no se inmutaría frente a la nadería de quedarse desnuda delante de nadie. Lo que la molestaba era hacerlo delante del asesino de Roi.

Dejó las hierbas en el suelo y cogió de mala manera la cuerda que colgaba de las manos del hombre que en un primer momento la miró sin moverse. Ella tiró de él y por fin respondió a sus requerimientos y avanzó a su lado. Sainza comenzó a atarlo al tronco de un árbol lo suficientemente grueso como para que él no pudiera romperlo.

Sigurd observó el nudo marinero que hacía la joven. Era buena haciéndolos, precisa y muy rápida.

Contempló su marcha con una sonrisa en los labios. Y decidió que cuando llegara el momento de escapar, que sería cuando estuviera familiarizado con los alrededores de la aldea, echaría en falta el carácter altanero e intrépido de la pequeña hispana.

Se apoyó contra el árbol siguiendo los movimientos bruscos de la joven que parecía llevar mucha prisa allá a dónde fuera. Probablemente quisiera hacer sus necesidades y buscarse intimidad.

Cuando la perdió de vista tras unos matorrales, el silencio del bosque le hizo mirar a su alrededor, aquel era un bosque bastante espeso, de árboles antiguos con musgo en sus troncos y en sus piedras. La maleza apenas era sofocada por los estrechos senderos que utilizaban los lugareños para desplazarse por él.

El grito contenido de la muchacha lo sacó de aquellos pensamientos, Sigurd aguardó un momento tratando de escuchar algo más, y pudo oír una exclamación ahogada.

La mujer debía encontrarse en dificultades, tal vez algún animal la estaba atacando, aunque no escuchaba ningún gruñido, tampoco escuchaba ya a la joven, tal vez se había caído por alguna sima o un barranco.

El problema era que si algo le sucedía a la muchacha, mejor haría en largarse cuanto más lejos pudiera de la aldea porque indudablemente la culpa se la echarían a él.

Se sacó de la cinturilla del pantalón el cuchillo de cortar carne que robó en la cabaña en un descuido de la chica y cortó de un tajo las cuerdas que lo retenían de pies y manos.

Se deslizó con cuidado por el camino que había seguido la mujer y terminó dando largas zancadas para llegar al lugar en dónde había desaparecido de su vista.

Sigurd no se esperaba lo que vieron sus ojos, la mujer le daba la espalda, y se encontraba totalmente desnuda, con una melena de un color castaño dorado que se ondulaba hasta llegar a sus redondeadas nalgas.

Arrodillada dentro del encoro de un pequeño regato, se echaba agua por el cuerpo poniendo las manos en forma de cuenco, entonces inclinaba la cabeza hacia atrás y se estremecía de frío y placer al mismo tiempo cuando el agua se deslizaba sobre la piel blanca de su pecho.

Sus ropas arrojadas de cualquier manera encima de los arbustos hicieron que asomara una sonrisa a sus labios.

No se preocupó en no hacer ruido, el susto que le había dado merecía otro susto en justo pago.

Sainza soltó una exclamación de miedo mientras se volvía, la visión del esclavo suelto y con sus ropas en las manos libres hicieron que se cayera hacia atrás en el regato, cubrió con rapidez sus pechos expuestos y retrocedió arrastrándose por el lodo del regato. Pero sabía que no tenía mucho por dónde escapar.

Sigurd no se había esperado aquel cuerpo de sirena, pero era perfecto, los senos plenos con oscuros pezones enhiestos por el frío y el miedo, reclamaban su atención descaradamente. Por suerte la joven se los cubrió con los brazos cruzados sobre su pecho y logró romper el hechizo que se cernía sobre él.

Observó a placer el rostro limpio de suciedad y sangre rodeado de sedosos mechones que volaban con la brisa sobre sus mejillas. Los ojos verdes ya no llameaban de furia, estaban impregnados de sorpresa y miedo. Y no podía culparla, en realidad se encontraba en una situación cien veces más peligrosa que si un animal hubiera intentado atacarla, o se hubiera caído en un hoyo.

Sí. La sangre de Sigurd todavía estaba caliente de la lucha y reclamaba para sí aquel premio.

Era hermosa como una ninfa, con una boca carnosa que evocaba una fruta apetitosa, y con un óvalo que delineaba a la perfección su rostro delicado. Toda ella era delicada, suave, pequeña. Igual que una de las muñecas con las que jugaban las niñas en su tierra.

Una bella muñeca. Porqué se escondía tras esas horribles ropas

Aquello era algo que no le importaba demasiado en aquel momento a Sigurd. De hecho solo le interesaba una cosa.

Dio un paso al frente lanzando, al suelo a sus pies, la ropa que llevaba en las manos. Sainza respingó asustada. Pensó frenéticamente cómo detener a ese energúmeno y recordó que comprendía el anglosajón, lengua que ella conocía también.

—No des un solo paso más.—Le exigió con la voz firme. Sigurd se detuvo y la miró con el brillo del deseo impregnado en sus ojos.—Si lo haces morirás, y lo harás a mis manos.

—No si yo te mato antes.—Replicó disgustado ante la amenaza pueril. No le gustaban los fanfarrones y eso era ella si creía que con sólo sus manos no podría romperle el cuello con extrema facilidad.

—Daré batalla y puedes estar seguro de que morirás. Aunque no sea a mis manos.

—Debes comprender que tus amenazas no me infundan ningún temor. Y también deberías saber que no me solté para venir a atacarte, lo hice obligado por tu imprudencia.

—¿Mi qué?. Perdona pero me importa un comino porqué te hayas desatado, lo único que quiero es que me dejes en paz para vestirme. Puedes hacer lo que gustes con tu vida, si tienes a bien irte

por mí como si escaparas. No entiendo porque Dosinda te quiere proteger pero la respeto lo suficiente como para complacerla, de otro modo tú y tus hombres hubieseis muerto hace tiempo.

—¿Cómo cuándo?, ¿desde que intercediste por nosotros ante aquel de cabello oscuro que jaleaba por nuestra muerte?.

—Puedes estar seguro de que Dinis será uno de los que te degüellen si me tocas.

—Vaya, estoy temblando.—La sonrisa que le dedicó fue despectiva en grado superlativo.

—¿Podemos continuar con esta conversación cuando ambos estemos vestidos?. Se me empiezan a congelar mis partes.

Sigurd abrió los ojos sorprendido por la franqueza suicida de la mujer. Sus partes. Le decía que se le estaban congelando sus partes. ¡Precisamente a él que le gustaría calentárselas!

No logró detener las carcajadas, de hecho tuvo que doblarse sobre si para soportar los espasmos que casi le reventaban el vientre. Mientras tanto Sainza salió decidida del agua, tomó con brusquedad sus ropas y se las puso a toda velocidad. Todo eso sin perder de vista al desgraciado que no dejaba de reír y se apoyaba en el tronco de un árbol para sostenerse.

Era el colmo de los colmos, en vez de hacerle desear la muerte, lo único que le había dado a ese miserable eran motivos para que se partiera de risa.

Su vida declinaba por momentos.

Sin interesarse en si la seguía o no, se fue al lugar en dónde había dejado las hierbas y recogió las pequeñas bolsas de tela, cuando iba a sujetar el asa de la cesta vio cómo se alzaba en el aire y levantó la vista al rubio que la estaba agarrando y le ofrecía la mano para ponerla en pie.

—Descuida que nunca pondré mis manos sobre tu sucio cuerpo, y recuerda que no estas vivo por mí sino por mi madre de corazón. Si no la quisiera como la quiero te hubiese matado yo misma.—Se levantó mientras se lo escupía y se dio la vuelta para dirigirse al castro.

—Nunca es mucho tiempo.—Comentó él como al descuido.

Sainza escupió una maldición pero permaneció en silencio. No tenía por qué darle charla a ese desgraciado.

Sigurd por su parte maldecía su mala suerte, no debería haber visto lo que vio, desde ese momento las monstruosas ropas no serían suficiente barrera para su descarriada imaginación.

Capítulo 3

Llegaron al castro y, como había augurado Sainza, la cabaña de Roi estaba rodeada de lugareños en la búsqueda de remedios.

Sainza levantó las manos y pidió calma. Sigurd pudo comprobar de primera mano, la capacidad de mando que podía ejercer una mujer, una pequeña mujer.

La joven requirió la presencia de algunos aldeanos que asintieron ante sus exigencias y se fueron decididos. Otros aguardaron en silencio y ella entró en la cabaña seguida de él.

Lo primero que hizo fue comprobar la frente de la anciana que continuaba con un sueño reparador y luego despejó la mesa y comenzó a colocar las hierbas y a organizarlas. Tomó la cesta de sus manos y continuó con su labor después de poner una cacerola de agua al fuego.

Pronto acudieron aquellos que había mandado marchar, traían cuencos con medicinas y cazos con agua hirviendo, otros llevaban tiras blancas de lino. Y todos, sin excepción se marcharon como habían llegado, en silencio. Todos salvo una mujer oronda que portaba un paño en la cabeza y asentía a las órdenes de la muchacha.

La mujer salió y al cabo de un rato hizo entrar a dos personas cargando con otra herida.

Lo que siguió a continuación fue un desfile incesante de personas que acudían a la joven para que los curase, todos en perfecto orden. Incluso hubo varias mujeres que entraron con comida y trataron de que la joven se detuviera y comiera algo. Ella negaba una y otra vez y salvo algunos bocados tomados a toda prisa, no se detuvo en su tarea.

La mujer oronda negó la entrada a más gente cuando la noche se cernió sobre el castro.

Empujó de mala manera a los atrevidos que intentaron por última vez hacerse oír por la muchacha y cerró la puerta de un portazo.

—Se acabó por hoy. Cuidate por que mañana tendrás más de esto. Te he traído agua para que te asees. Comerás y después dormirás. No creo que Dosinda se despierte después de las últimas hierbas calmantes que le has administrado así que podrás descansar. Y tendré que buscaros ropa, no puedes continuar con esa llena de sangre. No entiendo porque tienes a éste aquí.—Señaló al esclavo.

—Cosas de Dosinda.

—A veces le haces demasiado caso. Sé muy bien que a ti esto de curar no te interesa.

—Es mi única familia.

—No, Sainza, todos somos tu familia. Recuérdalo. Y ahora come y descansa. Si ese se atreve a haceros algo no tardará en expirar. Hemos puesto vigías en la entrada de la cabaña. Y no vuelvas a ir con él sola al bosque, no es prudente por muy atado que lo lleves.—Le dio una pequeña palmada en el hombro antes de irse.

“No es prudente”. ¿Y qué tenía de prudente mantener prisionero a esa montaña de músculos que se deshacía de las cuerdas como quién estornuda?. Y a todo eso, ¿Por qué no había huido?. Bueno en realidad, si no hacía nada raro no tendría que preocuparse por su vida. Dosinda lo protegía y él lo sabía. De todos modos se escaparía tarde o temprano porque ese maldito no parecía de los que se atenían a ser mandados o permanecer en la esclavitud.

Sainza recorrió con la vista el desbarajuste y levantó las manos para mirárselas. Estaban llenas de sangre y le temblaban por el cansancio. Sigurd comenzó a recoger la mesa con eficiencia excepcional en un hombre, que no deshizo el orden de las cosas que ponía con cuidado encima de una tabla sujeta de las paredes de la cabaña. Limpió la mesa ante la pasividad atónita y exhausta de la joven y buscó cuencos y cuchillos que dejó sobre la mesa antes de ir a por la impresionante cantidad de comida que habían traído los lugareños.

—Creo que deberías lavarte antes de comenzar a comer.—Los ojos azules la observaron detenidamente. Sainza le miró sin dar crédito a su osadía, bajó la vista a sus manos sucias y decidió que todo le daba igual. Se encogió de hombros y se dio la vuelta para dirigirse a la cacerola llena de agua. Se detuvo de pronto, Sigurd contempló sus hombros cayendo con desolación y comprendió al instante lo que le sucedía. Abrió un arcón y revolvió su contenido. Cuando estuvo satisfecho con lo que encontró, se puso en pie y se acercó a la muchacha que todavía miraba el agua con anhelo.

—Ponte esto.—La voz del esclavo la sobresaltó. Se lo quedó mirando desolada. Su vista se detuvo en las ropas que portaba en sus manos y una rabia genuina se las arrancó de ellas.

—¡No toques sus cosas, jamás! ¿Me oyes?¡Jamás!

—Tienes que cambiarte. Estarás más cómoda con esto. Esperaré fuera.

Dicho lo cual se alejó abriendo la puerta y saliendo para cerrarla con suavidad.

Esa suavidad se clavó en el pecho de Sainza y le provocó un gemido de angustia. ¿Cuánto más tendría que soportar?

Se desnudó y se limpió lo mejor que pudo con un jabón de lavanda que le había regalado a Roi meses atrás. Recordar a su prometido le dolía profundamente. Aguantó las lágrimas y se metió la camisa larga por encima de la cabeza. No podía más. Necesitaba descansar.

Agarró varias pieles y colocó debajo de ellas alguna paja que cubría el suelo de la cabaña. Arrebujada entre ellas cerró los ojos.

Sigurd entró en aquel instante y entrecerró los ojos. Si la dejaba dormir después de todo lo que había trabajado sin meter algo en el estómago, al día siguiente se derrumbaría. Y eso sería lo peor que le podría pasar a un espíritu guerrero como el de ella.

Ni corto ni perezoso arrancó a la joven del nido en el suelo y la sentó de un golpe enfrente de la comida. Él se sentó al otro lado de la mesa.

—Come.—Le ordenó. Sainza casi se había quedado dormida cuando se había sentido alzada por los aires en los brazos del esclavo. Su fuerza la arrojó como un huracán.

Anonadada ante su audacia contempló cómo se metía trozos de carne en la boca con el filo de un cuchillo del tamaño de su brazo. Despertó del ensimismamiento cuando él le habló.

—No dejaré que duermas si no comes antes. Tú misma.—La declaración de intenciones humilló a Sainza hasta la médula, lo que le provocó un ceño fruncido.—Deberás aprender que no me doy por vencido fácilmente.—Aquello la hizo sonreír.

—¿En serio?. Entonces no sé qué haces aquí.

—¿Cuidar de ti?

—¡Qué dices patán!. Yo no necesito que nadie cuide de mí. Me basto solita.

—Si no comes, mañana no podrás con la tarea de curar a toda esa gente, te sentirás mal y por último no te quedará más remedio que comer.

—¡Por Dios, déjalo ya! ¿Alguien te ha dicho que eres un pesado insoportable?

—Nadie se ha atrevido.—Le ofreció un trozo de carne que portaba el filo de su cuchillo.

—No me extraña.—Se lo arrebató con la mano y lo miró ceñuda.—Porque de hacerlo lo más probable es que la pobre persona tuviera que escuchar tus desmanes un año por lo menos.—Y le dio un buen mordisco a la sabrosa carne.

—No mujer, porque de hacerlo hubiese tenido una muerte rápida.

—¡Qué suerte tengo entonces, ya van dos veces que me libro de que me retuerzas el pescuezo!

—Sí. Has tenido suerte hasta ahora.—La intención de querer tirarle el cuenco de hidromiel por la cabeza fue tan fuerte que llegó a cogerlo. La ceja alzada del esclavo la detuvo de inmediato.—Hasta ahora.—Repitió.—Come.

El vaso se quedó dónde estaba, Sainza decidió que después de dormir tendría unas palabritas con ese individuo insufrible y con Dosinda. Permaneció en silencio mientras comía con rabia. Y cuando ya no pudo más le dedicó una sucinta mirada, se levantó de la mesa y fue a meterse de nuevo en el confortable lecho en el suelo.

Se durmió de inmediato.

Sigurd tomó aire. Esa mujer sería un serio desafío para su control. Cada palabra, cada enfrentamiento, cada mota de furia que hacía brillar sus ojos verdes, iban a darle un sinfín de quebraderos de cabeza.

Lo sabía.

Terminó de comer y recogió con meticulosidad la mesa. Avivó el fuego y después tomó una piel y se tumbó al lado de la joven. De medio lado y apoyado en un codo, contempló el hermoso rostro apaciguado por el sueño y no tuvo más remedio que suspirar de frustración.

Se iría muy pronto, tenía que hacerlo antes de sucumbir a la tentación porque algo le decía que si caía en ella, lo más probable sería que no pudiera salir de la trampa de los ojos verdes, y él tenía cosas que hacer. Entre ellas impedir que su hermano cometiera cualquier estupidez.

—Acércate.—La voz quejumbrosa de la anciana le hizo levantar la cabeza para observarla. Le hablaba en anglosajón y por suerte no comenzó a toser. Sigurd se puso en pie y se fue hasta el borde del lecho donde yacía la mujer.—Eres el jefe.—Sentenció, Sigurd no creía que aquella gente fuese a pedir rescate por él. Aunque cualquier cantidad que pudieran desear la tendrían de inmediato. Si conocieran

quién era, de dónde era jefe. Y él no pensaba revelar semejante información.—No temas, no lo diré.—La mujer le leyó el pensamiento. Era muy intuitiva.—Siéntate aquí.—Señaló una esquina del jergón que él rechazó.—Ellos no sabían lo que estaban haciendo. Yo te dejaría en libertad ahora mismo si confiara en ti. Pero las runas no me lo permiten, vas a traernos desgracia y te necesito para que seas nuestro escudo protector cuando eso suceda. ¿Entiendes?

—No sé de qué estás hablando.

—Lo sabes y no te dejaré marchar.

—Es curioso que me amenaces cuando tienes un pie en la tumba.

—No me subestimes. Mientras estuvisteis fuera hice una serie de arreglos de los cuales te enterarás si intentas huir. Fue una tontería por parte de Sainza llevarte al bosque sola pero no pude evitarlo. Ahora ya no te me escaparás.

—Sainza.—Sigurd volvió el rostro hacia la muchacha con una expresión que le provocó un doloroso escalofrío a Dosinda.

—Ni se te ocurra.—Los ojos azules atravesaron a la anciana.

—Te gusta ordenar. Quizá por eso deseas tener un esclavo.

—No estás aquí en condición de esclavo, sólo estás retenido. Tuve que decirle eso a Román porque de lo contrario te hubiese pasado por la espada.

—¿Eso quiere decir que estoy en deuda contigo?

—Por lo menos deberías pensar que sí.

—¿Soy tu protegido?

—Te quedarás hasta que tus dragones regresen, entonces podrás interceder por nosotros y luego podrás partir con ellos. Y mientras tanto espero que me agradezcas la hospitalidad no provocando problemas en el castro.

—Las cosas no funcionan así vieja. La cuestión es que los que vengan no estarán supeditados a mí. No me obedecerán y no vendrán sólo para rescatar a uno de los suyos.—Aquello último lo pronunció con desprecio.—Pero en algo sí tienes razón, vendrán aquí, vendrán muchos y arrasarán con todo.

—¿Cuándo?

—Son de los míos. No pienso decir nada más. De hecho no he dicho otra cosa que no fueran tus propias palabras. Comprendo algo del gallici.—Le explicó cuando la vio abrir los ojos desconcertada.—Si alguien me interroga negaré todo, les haré creer que no soy nadie y que mis compatriotas no volverán a un lugar del que no han sacado riquezas. ¿A quién crees que creerán?

El cinismo del rubio provocó un gruñido desaprobador en los labios de la anciana.

—Ya lo veremos.—Dicho lo cual se dio la vuelta y cerró los ojos. Sigurd se encogió de hombros y fue a tumbarse al lado de la joven.—Y pon tus pieles al otro lado de la cabaña. No te quiero cerca de ella.

—¿Y si no lo hago, gritarás?

—No seas impertinente. ¿Quieres que me dé un ataque de tos repentino, chico?

—¿Chico?—Murmuró disgustado por el tratamiento despectivo. Las toses comenzaron a surgir de la garganta de la mujer.—¡Esta bien!—Siseó apartándose de Sainza a regañadientes. Ya habría oportunidad.

††

La gente se apelotonaba en la puerta cuando Sainza la fue a abrir. Sigurd se lo había prohibido hasta que no comió algo. Dosinda permaneció inusualmente callada mientras Sainza le daba de comer y sus medicamentos. Miraba continuamente al rubio y murmuraba maldiciones incoherentes. Pero aceptó de buen grado la imposición del esclavo de obligarla a comer.

Malhumorada, comenzó la ardua tarea de curar a todo aquel que entraba y con las indicaciones de Dosinda terminó antes de que cayera la noche.

Observó el desbarajuste y miró a Dosinda con impotencia.

—Otra vez necesitare ir a por hierbas.

—Él se queda conmigo.—A Sainza le sorprendió la petición pero se la negó.

—No. Tú necesitas dormir, hoy te has esforzado mucho. Además no iré muy lejos y lo llevaré atado. El herrero me ha ofrecido unas cadenas de hierro.—En esta ocasión observó con el ceño fruncido al esclavo.

—No le pondrás nada de cadenas. ¡Ven aquí cariño!

La joven se acercó, Sigurd se había sentado a la mesa después de ordenar los trastos y colocar la comida encima. Metía trozos de carne en la boca mientras miraba con ironía a las dos mujeres.

—En realidad no es un esclavo, sólo quiero que no huya.—Le tomó las manos.—Pero no lo quiero cerca de ti.

—Por fin algo congruente, yo tampoco lo quiero cerca de mí. Pero tú tienes que estar conmigo. ¿Cómo piensas solucionar esto?

—No puedo.—Respondió encogiéndose de hombros.—Lo necesitamos. Lo necesitaremos.

Sainza se puso en pie furiosa, Sigurd vio que lo señalaba con el dedo y comenzaba a gritarle cosas a la anciana.

—¡Yo no lo necesito! ¡Lo detesto! ¡Lo odio y no lo quiero cerca!

—¡Cálmate!. Es por nuestro bien.

—¡Mató a Roi! ¡Le cercenó la cabeza como a un cerdo! ¡Yo lo vi!. No me obligues a continuar soportando su presencia y menos en esta cabaña. Si me quieres no me obligues a ello.

—Van a venir muchos dragones, vendrán por él, porque es el jefe y porque dejaron aquí algo pendiente. La venganza. Arrasarán todo y a todos. Sin él estamos perdidas.

—¡Pero díselo al come, él se lo dirá a Ramiro!

—No sé cuándo aparecerán esos demonios y un ejército no puede permanecer a la espera indefinidamente. Y de todos modos, tú no querrías tener a los soldados cerca de Elviña. Ni tú ni nadie te lo aseguro.

—No puedo Dosinda, te quiero pero esto no puedo consentirlo. Es algo que simplemente me supera.

La puerta se abrió de repente. Dinis se presentó con una sucia sonrisa en el rostro. Era un hombre muy ancho pero bajo, igual que un toro. No era particularmente limpio y nadie podría decir lo que ocultaban sus barbas.

—Quería ver con mis propios ojos que te encontrabas bien.—Fue su saludo a los presentes, con la atención puesta en exclusiva en Sainza.

Ella salió de su estupefacción sonriendo sin que le llegara a los ojos. Sigurd pudo palpar la tensión en el ambiente, cuando el tal Dinis había abierto la puerta pudo distinguir a un grupo de soldados fuera antes de que la cerrara de un portazo.

—Estoy bien, algo cansada. Precisamente iba a acostarme ahora mismo, Dosinda no se encuentra muy bien y...

—¿Tú esclavo se sienta a la mesa como un invitado?. Creí que a los esclavos se les daba de comer en el suelo.

—En Elviña somos civilizados.—Se apresuró a responder Dosinda.

—¿Civilizados?¿Igual que los moros?—Dijo con desprecio.—Prefiero no serlo. Aparta.—Empujó con el brazo a Sigurd. Éste le miró fijamente a los ojos. Dinis no desvió la mirada enfrentándose a él.

—¡Ven aquí!—Lo llamó Dosinda suplicándole con la vista. Sigurd no supo por qué le prestó atención, deseaba más que nada rebanarle el pescuezo a aquel idiota. Sin embargo se puso en pie y se acercó al lecho donde permaneció de pie con los brazos cruzados contemplando cómo Sainza charlaba con aquel canalla.

—Bien, bien, bien.—Dinis sonrió mientras hablaba, palmeó la mesa para indicarle a la joven que se sentara a su lado.—Por lo que veo te has adueñado de todo lo de Roi. Eres una mujer con suerte. Bueno. No por la muerte del pobre hombre, sino porque ahora ya no necesitarás de un hombre.

—Nunca lo necesité.

—Pero te ibas a casar con él.

—Lo quería.

—Ya.

—En serio Dinis, tengo sueño y quisiera acostarme.

—Ven a dar un paseo conmigo, te vendrá bien.—Se puso en pie de repente y levantó con brusquedad a la joven sujetando su brazo.

—¡Te he dicho mil veces que no me toques!—Trató de soltarse pero la fuerza de Dinis en su brazo se acentuó hasta provocarle dolor.

De pronto una ráfaga de aire la liberó. Sainza contempló cómo el rubio golpeaba de nuevo la mandíbula de Dinis y luego lo levantaba en vilo por el cuello como si no pesara nada dejando sus pies colgando.

—Si vuelves a ponerle un dedo encima, será la última cosa que hagas en esta vida.

Lo dijo en anglosajón, idioma que Dinis también entendía, sus ojos desorbitados de miedo así se lo indicaron. Lo soltó y cayó al suelo igual que un fardo pesado.

No tardó en levantarse y llegar a la puerta.

—Esto no va a quedar así Sainza, harías bien en explicarle a tu esclavo quién puede hacerte mucho daño si se empeña en ello.

Dicho lo cual abrió la puerta y la cerró de un portazo.

Sainza se derrumbó en la banqueta de paja y metió la cabeza entre sus brazos.

Sigurd tomó uno de ellos y lo observó con el ceño fruncido.

—Te quedarán huellas.—Comentó con la rabia en los ojos y miró la puerta como si pudiera atravesarla. Sainza observó todo ello confundida. De hecho no sabía qué decir.—Si vuelve a aparecer por aquí, lo mato.

—No harás nada por el estilo, recuerda que no debes meterte en líos.—La voz de Dosinda los sacó a ambos de sus pensamientos.

—¿Cómo que recuerde?¿Cuándo habéis estado hablando vosotros dos?¿Y de qué, si puede saberse?

Sigurd soltó su brazo con delicadeza, fue cuando Sainza se dio cuenta de que todavía se lo tenía sujeto y ella no había protestado. Debía estar muy cansada.

—No me importa.—Desistió.—Solo quiero dormir.

El cuerpo del esclavo se interpuso entre sus pieles y ella. Sainza le dedicó una mirada glacial.

—¿Y ahora qué?—Le preguntó en anglosajón. Él se limitó a señalarle la mesa. Sainza meneó la cabeza con resignación y se sentó en la banqueta de nuevo. Sigurd le colocó delante una ingente cantidad de comida que le hizo levantar la cabeza desolada.

—¿No pretenderás que me coma todos esto?

—Intenta comer la mayor parte y me conformaré.

—Esto es una pesadilla.—Se metió un trozo de torta en la boca y la bajó con agua.—Una monstruosa pesadilla.

Dosinda contempló la escena con recelo. Nunca había visto responder a Sainza de aquella manera a las órdenes de nadie, mucho menos de un hombre. Su sumisión con aquel la estaba desconcertando y asustando bastante. Tal vez debería hacer que la muchacha se fuera lejos. Con la familia de su madre al sur de Gallaecia. Lejos de Elviña, lejos de ella. Y sobre todo, lejos de él.

El rostro satisfecho del rubio le hizo fruncir más el ceño. Necesitaba hablar con su hija. Aquella situación no podía ir a más.

Sainza miró hacia atrás y por supuesto lo encontró a unos metros de ella, y mucho más lejos se apostaba Dión y Hermenegildo. Aquellos eran sus guardianes, hombres casados y cariñosos que la tenían por una hija más. Y muy celosos de su integridad física.

El rubio no iba atado, caminaba libremente y la miraba con una intensidad desconcertante. Por mucho que quisiera a Dosinda, se iría pronto de allí. No iba a continuar presa de un esclavo y si eso suponía dejarlo en manos de la anciana que la había acogido como una hija, pues que así fuera. Su tranquilidad mental estaba en juego.

Quizá aquel no fuera el día idóneo para recoger plantas, ni semillas, quizá la incomodidad, el cansancio o la rabia hubiesen debilitado las defensas de una superviviente nata, el caso es que no escuchó al cerdo salvaje hasta que no se dio de bruces con él.

Todo sucedió a la velocidad del rayo, el esclavo la cogió en brazos y la lanzó sin contemplaciones a un lado. Dio con el trasero en unas zarzas pero no sintió dolor alguno porque sólo tenía ojos para el rubio que sujetaba en aquellos instantes el cuello de la cerda que protegía a sus jabatos a muerte. Los chillidos del animal alertaron a los dos vigías que acudieron cuando el esclavo, en un movimiento seco le rompió el cuello a la cerda.

La fuerza que suponía ese acto dejó a los tres tan sorprendidos que tardaron en poder hablar.

—Habrás que matar también a las crías.—Comentó Sigurd a una inmóvil Sainza, se aproximó a ella y de un tirón la puso en pie sacándola de encima del zarzal donde la había tirado.

—¿Qué dice?—La pregunta de Hermenegildo la sacó de su estupor.

—Supongo que intentarán criarlas.—Le respondió titubeante en anglosajón.

—¿Se puede saber que estás diciendo?—El tono de Hermenegildo fue deliberadamente hostil.

—Dijo que sería mejor matar también a los jabatos.

—De eso nada, me los llevo yo.—Aseguró Dión con una sonrisa.—Y si quieres mi mujer te preparará a la cerda.

—Es muy amable de tu parte pero tendré que preguntárselo a él.

—¡A tu esclavo!

—Él lo mató, es suyo.

—Y él es tuyo, así que la cerda es tuya.—Afirmó con seguridad aplastante Dión.

—¿Qué quieres hacer con ella?—Sainza se dirigió al rubio.

—Es tuya, igual que lo soy yo, ¿no?—A la joven la disgustó eso de que él era suyo y de que repitiera exactamente las palabras de Dión aunque no las hubiera entendido.

—Tú no eres nada mío. Espero que lo recuerdes. Tampoco quiero tus presas ni nada que provenga de ti.

—Entonces la cerda se pudrirá aquí, será pasto de otros animales. Creí que necesitabais comida pero veo que no es así.

—¡Eres odioso e impertinente!

—Y práctico. ¿Te la quedas o no?

Sainza sabía que lo único que movía a ese esclavo a desafiarla era mofarse de su desgracia y obligarla a tragarse sus palabras.

—Ten cuidado esclavo, no vaya a ser que regale a la cerda y a ti como guarnición.

—Estoy seguro de que lo harías si no te detuvieran las órdenes de la anciana.

La rabia tiñó de rojo sus mejillas.

—Bueno, me llevo el cerdo o no.—Dión estaba enfadándose al quedar excluido de la conversación que mantenían aquellos dos ensimismados.

Sigurd la miró con el sarcasmo implantado en el rostro intuyendo la pregunta del hombre, Sainza meneó la cabeza y afirmó sin pronunciar palabra.

Dión y Hermenegildo se enfrentaron a la ardua tarea de arrastrar al animal y recoger a sus jabatos.

Cuando se dio cuenta se había quedado de nuevo a solas con el esclavo.

Se sentó en una roca tratando de tranquilizarse. Nunca se había acercado a la guarida de un cerdo salvaje, el que estuviera tan metida en sus pensamientos que no se percatara del peligro la hacía temblar de miedo.

Sigurd se acercó y se agachó a su lado.

—¿Te encuentras bien?—Sainza resopló disgustada.—¿Necesitas ayuda para caminar?—La joven se negó a mirarlo.—Puedo llevarte en brazos.

—¡Puedes morirte!

—Tarde o temprano lo haré. Como todos.

—¿Y no puede ser temprano? ¿Porque no dejas de incordiarne?—Lo empujó con todas las fuerzas de que disponía. Sigurd sujetó sus brazos y Sainza cayó encima de él.

La sorpresa la dejó inmóvil durante unos segundos. Segundos en los que vio por primera vez, verdaderamente, el rostro del esclavo. Era rubio, con mechones que alcanzaban sus hombros, y de tez blanca tostada por las inclemencias de la intemperie. Sus ojos de un azul añil la miraban fijamente, sus pestañas, sus cejas eran claras, aunque no tanto como su pelo, o su barba de días que enmarcaban una mandíbula fuerte y bien delineada.

Era guapo. Se dijo sorprendida, más que guapo, era hermoso. Y tenía un cuerpo duro como una piedra. Intentó apartarse cuando se dio cuenta de que todo su cuerpo se había convertido en piedra.

Sigurd se giró y la tumbó de espaldas cayendo sobre ella con la rapidez de un felino.

A Sainza le recordó a un lince. Sus ojos la mantenían presa y sus manos sujetaban sus muñecas para impedirle la huida, aunque eso no detuvo sus forcejeos.

Sainza tuvo miedo de abrir la boca, de hecho apretó los labios a modo de defensa, pero el rostro del rubio se inclinó buscando esos labios reticentes sin un ápice de misericordia. Cuando los alcanzó los lamió, los chupó y los dobló en cuestión de segundos.

Sainza detuvo sus forcejeos, no por su propia voluntad ya que ésta se encontraba perdida irremediadamente, los detuvo por la increíble sensación de disolverse entre la hierba.

Le faltaban las fuerzas, le faltaba el aire, y su cuerpo perdía la energía y la razón a través de esa boca imperiosa. Era como si ese hombre estuviera absorbiéndola y llevándose la con él a un lugar prohibido.

Apenas sintió que sus grandes manos se deslizaban por las muñecas, por sus brazos y por su costado, la falda iba subiéndose con lentitud mientras su imposibilidad para detener todo aquello se hacía intolerable.

¿Porque no podía pensar?. Las manos llegaron a la piel desnuda de sus muslos. Sainza sólo pudo gemir a través de su boca exigente. Pero era un gemido de rendición, porque la humedad en la unión de sus muslos y las dolorosas punzadas en sus pechos le indicaron que se estaba preparando para él. Para su intrusión. Para su posesión.

—Sainza.—La suavidad de su voz la envolvió en una suerte de magia paralizante. Nunca había escuchado su nombre con ese tono, con ese acento.

La boca del rubio descendió reverente por su camisa y le apartó el chaleco para delinear un pezón que sobresalía por debajo del lino. La tela se mojó cuando se lo metió en la boca y su cuerpo se estremeció cuando comenzó a chupárselo sin detener la danza de sus dedos en su interior.

Nunca, en ninguna experiencia anterior se había sentido así. Ese hombre derribaba sus defensas se introducía en su cuerpo y lo hacía suyo y a la vez se impregnaba de ella, hasta el punto en que ambos se perdían el uno en el otro.

Por qué no había sentido aquello con Roi.

Ese pensamiento fue como un rayo que la devolvió al mundo real brutalmente, y con él una furia sin límites arrasó sus venas, y tensó su cuerpo expulsando de su mente al esclavo definitivamente.

Se las haría pagar. De la peor manera posible, sin mover un solo dedo, con la fuerza del veneno de su lengua.

—Roi...—Imitó un jadeo de satisfacción. Al instante el rubio alzó la cabeza y detuvo el movimiento de sus manos entre sus muslos.

—¿Roi?—Los ojos de la joven se abrieron de repente fingiendo estar asustados.—¿Quién es Roi?

—El dueño de la cabaña donde estamos viviendo.

—¿Quién es para ti?

—Era.—Él la instó a seguir explicándose con el alzamiento de una ceja.—Antes de que tú lo decapitases en Crunnia. Éramos amantes, yo lo amaba y él a mí. Íbamos a casarnos. Lo echo terriblemente de menos, lo echo tanto de menos que sentir tus sucias manos en mi cuerpo me estaba arrancando el poco juicio que me queda por eso decidí cambiar tus manos por las de él. Por las que añoro.—Cuando los ojos azules se tiñeron de furia la sensación de victoria la hizo proseguir, achicando los ojos de rabia.—No quiero que me toques, te aborrezco, me das náuseas. Si por mí fuera estarías muerto, yo misma te hubiera despellejado vivo, hubiese arrancado tus entrañas para dárselas de comer a los perros. Pero eres más fuerte que yo y me estabas violentando. ¿Qué querías que hiciera?

El rubio la miraba cada vez más enfadado, se alejó de su cuerpo con un gesto de repugnancia superlativo.

Ella recompuso la ropa a manotazos.

—Una mujer siempre puede gritar.—Le reprochó su actitud sumisa. Sainza se apresuró a responderle, no podía permitir que él supiera, que simplemente atisbase, la rendición de su cuerpo traicionero.

—¿Para que mis amigos volvieran y os pelearais?. No. Me niego a ser la causa de la muerte de nadie, ni la justificación para que nadie se mate. Tú sabes bien que te detesto y ahora sabes porque no soporto tu presencia en el hogar que hubiese sido mío y de mi esposo si no lo hubieses matado.

—Era una batalla, él casi mata a mi hermano, ¿que querías que hiciera?—Imitó su pregunta.

Sainza se dio la vuelta para marcharse pero él sujetó su brazo y la hizo girar hacia sí.

—Esto no ha terminado aquí.

—Roi no volverá y tú eres un patético suplente.

—¿Patético?, quizás prefieras al tal Dinis para ocupar el lugar de tu Roi.

—Tal vez.

—Ese hombre no ha probado el agua ni para beberla. Apesta.

—A lo mejor me gustan los hombres que huelen a animal, antes que los animales que se quieren hacer pasar por hombres.

Sigurd alzó su brazo y la acercó tanto a su rostro que pudo sentir el aliento de su boca cuando le replicó.

—A lo mejor me estas engañando, o a lo mejor te engañas tú sola, tu cuerpo me estaba dando una bienvenida y se preparaba para el festín. La humedad de tus muslos no recordaba a tu amante. ¡Exigía mis caricias!

—¡Suelta!—Tiró del brazo para liberarse. Sigurd la contempló fijamente durante unos instantes y antes de soltarla le habló.

—Sigurd, soy Sigurd. Recuerda bien mi nombre porque la próxima vez que tu cuerpo me reclame quiero escuchar de tus labios mi nombre.—Entonces la soltó y ella trastabilló hasta que dio con el tronco de un árbol que detuvo su caída. Respiró a bocanadas, de repente le dio la espalda y corrió hacia la cesta que había dejado en el suelo. Apresuró sus pasos odiando al desgraciado que la venía siguiendo tan silenciosamente que tenía que esforzarse por escuchar sus movimientos.

Sigurd la hubiese matado con sus propias manos, le temblaban de rabia y humillación. Hubiese deseado atrapar su esbelto cuello y apretar hasta hacerla inhalar el hálito de la muerte.

Ninguna mujer se hubiera atrevido a hacerle aquello a él. Jamás. De hecho todas se peleaban por su atención desde temprana edad. Tenía un toque con los cuerpos femeninos que siempre reaccionaban ante él. Y aquella pequeña hispana había tomado su deseo y lo había pisoteado sobre el de él.

Juró por Thor que le haría tragar cada una de sus palabras, y que su nombre saldría una y otra vez de sus labios suplicándole que la tocara.

